

MANUEL GONZÁLEZ

OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Granitos

de Sal...

(Aperitivos para las almas inapetentes)

(2.ª SERIE)

Biblioteca de "El Granito de Arena"

PALENCIA

4.ª edición

DG 22

A

CB-1161130

f 126041

MANUEL GONZALEZ

OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Granitos de Sal...

(Aperitivos para las almas inapetentes)

(2.^a SERIE)



CUARTA EDICIÓN



Pérez Villanueva

1940

BIBLIOTECA DE «EL GRANITO DE ARENA»

PALENCIA

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

Imp. URANIA - Mosquera, 9 - MÁLAGA



R. 96905

GRANITOS DE SAL...

AL LECTOR AMIGO

Y llámote así, porque, aunque de mí no conozcas sino la portada tengo por cierto que tú, quien quiera que seas, si no eres amigo mío, estás en *peligro* inminente de serlo, como voy a demostrártelo en un periquete.

Por lo pronto,

demuéstrote que no eres *enemigo*, y ya esto es un paso para la amistad presunta.

¿Quién, por muy rebosantes que tenga los depósitos de sus bilis, se atreve a poner ceño adusto y humor de perros a unos pobres *Granitos*, que diz que es lo menos a que se puede llegar en la escala de las *elevaciones* sociales, fisiológicas y físicas?

¡Un granito! ¿Quién va a enemistarse con él?

Si, aunque fuera de dinamita, no serviría más que para triquitraques y cohetes de chicuelos y gente divertida.

Muy poco, es verdad, se paga en el mercado por la sal, pero no es menos verdad que sin ella, tanto en sentido real como metafórico, no se condi-

menta ningún guiso ni para el estómago ni para la inteligencia, que es el estómago espiritual.

¡Soso! poned ese mote sobre el plato de vuestra mesa, sobre el libro que vais a leer o sobre el amigo que os busca y por muchas y buenas dotes que aún les queden, nada ni nadie os quitará de la cara un gesto que quiere decir ¡qué lástima!

De manera que por el pronto yo ni a título de GRANITO, ni a título de SAL, pongo en tu cara ningún gesto que signifique disgusto o malquerencia.

Pero ¿amigos?

También, lector, voy a demostrarte que tú y yo somos o seremos a las primeras hojas que de mí leas dos buenos amigos.

¿Sabes por qué? Aunque se ha dicho, y no seré yo el atrevido que lo ponga en tela de juicio, que «quien bien te quiere, te hará llorar», no creo yo que siempre sea menester hacer llorar a la gente para demostrarle que la queremos bien.

Paréceme que también se puede probar y ganar cariño haciendo reír.

Y yo, tan chiquitín y esmirriado como me ves, vengo lleno de esas intenciones.

Quédese

para otros más graves que yo el oficio de arrancar lágrimas, única agua que ablanda y limpia las almas endurecidas y sucias, que yo para mí tomo el

menos enojoso y más grato de arrancar no carcajadas, que no soy payaso, sino sonrisas de benevolencia, gestos de agrado, mohines de sorpresas un poco intencionadas y equilibrios de buen humor; y en Dios y en mi ánimo prometo no desperdiciar tan buena coyuntura para entrarme más adentro y ejercitar mi doble virtud de preservar de la corrupción y estimular el apetito en las almas de mis *asaltados*.

Porque,

y ya voy a ponerte en claro todos mis intentos, para que siquiera por la lealtad me quieras, porque, repito, yo voy en busca de tu alma.

A tu alma, quizás dormida o aburrída, quizás inapetente para las cosas que le convendría gustar, tal vez poco enterada o tal vez corta de vista, tu alma que vale más que todo el dinero del mundo, puesto que costó Sangre de Cristo, y de cuyo precio quizás tu haces poca estima, a esa alma viene buscando GRANITOS DE SAL para despertarla y alegrarla, si está dormida o adormilada; para abrirle las ganas de trabajar por Dios y por el cielo, si está inapetente y floja, para condimentarla con sal de sentido cristiano y gracia de Dios, si está sosa; para alargarle la vista, si la tiene corta; para... y me paro aquí porque me voy poniendo serio y eso me está prohibido.

Conste

que vengo con las mismas intenciones que mi

hermano mayor, el otro GRANITOS DE SAL que anda años ha por esos mundos benditos de Dios y acogidos con cariño por los hombres.

Quieran

el Sagrado Corazón de Jesús, para cuya gloria esto se escribe y la Madre Inmaculada, Dueña y Señora de los pensamientos y cariños del autor de estos renglones, deparar a esta *Nueva serie* de GRANITOS DE SAL la misma suerte que concedió a la *Primera* y que, como ésta, despierte en todo el que los saboree *muchas hambres* de verdad de Dios, de amor de Corazón de Jesús, de delicias de Sagrario, de trabajo abnegado por la Santa Iglesia y por el pueblo.

Ojalá

la lectura del último renglón de estas páginas coincida con un gran bostezo no de hartura por lo leído, sino de *hambre* por lo dejado de comer y que a ese bostezo de la boca corresponda un grito del alma pidiendo al Corazón de Jesús el cumplimiento de la Obra de misericordia, de dar de comer al hambriento.

Porque esas hambres solo El las satisface.

El Arcipreste de Huelva.

1.^{er} Viernes de Enero de 1914.

Postdata para la 2.^a edición

Un derroche de misericordia del Corazón de Jesús ha trocado al Arcipreste de Huelva de la 1.^a edición en el Obispo de Málaga de esta 2.^a y declaro, que ahora con el báculo, como siempre con la pluma, quiero seguir quitando inapetencias de almas y despertando hambres de Fe viva y de Amor de Jesús hasta la locura.

† *Manuel González.*

Obispo de Málaga.

1.^{er} Viernes de Marzo de 1929.

Otra postdata para esta 3.^a edición

¡Dos derroches! Uno de fuego revolucionario, tan ardiente como el odio que lo incendia, consumió lo que quedaba de la 2.^a edición de este libro con todos los demás libros de el pobre GRANITO DE ARENA y todo lo mío como Obispo y como persona en la noche del 11 al 12 de Mayo de 1931... y otro derroche de misericordia del Amo, que me salvó con vida y tocó los corazones de los buenos para que resucitaran de sus cenizas este y otros librillos míos... ¿Qué voy a decir que explique mejor la aparición de esta 3.^a edición?

A esos dos derroches añado otro de perdón a

mis enemigos, y de ganas de *vengarme* de ellos haciéndoles todo el bien posible con mi pluma, con mi lengua, con mi corazón y hasta con mi pobre *sal*.

Y ¡hasta la 4.^a que la *provoque un derroche* de lectores de esta 3.^a!

† Manuel González.

Obispo de Málaga.

Gibraltar, Noviembre 1931.

Otra para la 4.^a edición

Agotado el *ejército* de GRANITOS DE SAL que hemos venido echando por esos mundos, dudo entre echarlo de nuevo o dejarlo dormir el sueño del descanso que se tiene tan bien ganado con sus *batallas*.

Pero me pregunto: ¿Abundan todavía por el mundo los inapetentes de cosas buenas, morales y espirituales, los *desaboridos*, los *sosos*?... Un sí aplastante me responde; y el peso de este sí me hace coger la pluma para decir al amigo impresor: Adelante con los GRANITOS DE SAL... y Dios los siga bendiciendo.

† Manuel González.

Obispo de Palencia.

Diciembre de 1939.

DESCUBRIENDO MUNDOS

Un viaje al país de los limpios

Cuando escribo estas líneas, Huelva se halla *ardiendo en fiestas*, para celebrar el 419 aniversario de la salida de Colón del puerto de Palos para descubrir el Nuevo Mundo.

Y en verdad que Cristóbal Colón no habrá quedado disgustado de los entusiasmos de Huelva por él.

Como que en término de tres días, que han durado las fiestas colombinas, miren ustedes todo, o mejor, algo de lo que se ha hecho y dicho en honor de Colón en estas tierras.

Recepción de una compañía de infantería y de cuatro barcos de la Escuadra, un Certamen literario-artístico con la consabida ración de poesías, música y discursos, hasta del Padre Vicario, Misas en la Rábida y de campaña en el Muelle, recepciones, conciertos musicales, tres o cuatro banquetes, dos o tres giras campestres, iluminaciones fantásticas y ¡asómbrense! *cinco* bailes consecutivos de sociedad ¡en tres días!

Creo, señores, que no se puede hacer más en menos tiempo, y que el inmortal genovés no tendrá queja de que en Huelva no se le quiere y se le festeja.

No es ahora

mi intento analizar la finalidad, utilidad y trascendencia de esos festejos y si convendría en vez de esas fiestas vertiginosas algo más práctico y más en armonía con las corrientes de hoy de decidida simpatía ibero-americana; no, quédese eso para otras plumas y para otras columnas, mientras yo, tomando pie del hecho de Colón, me dedico a presentar a mis amigos y lectores

El arte de descubrir un mundo

Un mundo, sí, más grande, más rico y para la inmensa mayoría del género humano más desconocido y misterioso que el mundo de Colón.

¿Quién quiere ser *Colón* de ese mundo?

A responder a esa pregunta vienen estos GRANITOS DE SAL... que por arte de *birlibirloque* van a convertirse ahora en las célebres *naos* o carabelas que llevaron a aquel puñado de locos heroicos a la conquista del *mar tenebroso*.

Conque

¡A bordo!

y a bogar.

No me detendré yo aquí en contar las peripecias

del viaje, tanto más cuanto que su duración es muy varia; hay ocasiones en que se llega pronto y otras en que se tarda mucho.

De un golpe nos ponemos dando vista a tierra y empezamos a describir el mundo que nuestros ojos van descubriendo.

La primera cosa rara que encontráis allí es que no hay límites geográficos; el país de nuestros descubrimientos unas veces está limitado por los muros de una casa, otras por los de un poblado y otras por los mismos límites de una persona.

Eso os quiere decir que este mundo no es un mundo material, formado con piedras, tierras, ladrillos y tejas, sino espiritual, pero ¡cuidado! no por esto menos real.

Desembarcamos

y nos detenemos ante la puerta principal de aquel pueblo, que por cierto es una puerta propia para el palacio de un rey.

Os dejan admirados dos ángeles que coronan el arco de entrada, sosteniendo un letrero que dice:

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

¿Os enteráis? Entramos en

El país de los corazones limpios

Veréis qué bello país.

¿No habéis visto nunca los ángeles?

Pues aquí veréis muchos de ellos.

Y se explica: como aquí no viven más que corazones limpios, y los ángeles lo son en alto grado, viven aquí como en su casa.

Yo creo que una de las razones porque en este valle de lágrimas no vemos la cara a los ángeles es porque la tienen la mayor parte del tiempo tapada de vergüenza, de asco, de horror...

¡Cuidado que esto no es más que una opinión mía!

Pero ¿qué digo ángeles? si en aquel país parece que se ve a Dios: por lo menos, se le oye, se le siente y se anda con El, y ¡claro! como en donde está el rey está la corte, ¿qué extraño es que, estando allí el Rey celestial en medio de los *corazones limpios*, los ángeles de su corte campeen a sus anchas?

¡Adelante!

Nos dice más con el ademán alegremente suave y atractivo que con la voz uno de los guardias de la puerta.

Y, anda que anda nos internamos por las calles del país de nuestras exploraciones.

Fijáos en el pavimento.

¡Qué terso, qué pulimentado, qué limpio!

Y ¡cosa rara! de trecho en trecho lo cubren montones de cardos silvestres y plantas espinosas o de pedazos de vidrio tan agudos y cortantes unas y otros que los que por allí pasan salen con los pies ensangrentados. A poco de fijarnos en aquellos montones de espinas, vemos unos letreros forma-

dos por las mismas que decían: *calumnias, desprecios, ingratitudes, enfermedades...*

Uno de los felices habitantes del país misterioso salió al encuentro de la extrañeza que nos producía aquel contraste de alegría inalterable en las caras de todos y de heridas dolorosas en los pies de muchos.

—Aquí las espinas, como véis, no punzan la cabeza, ni el corazón, ni el alma, como allá en el mundo, *sino sólo los pies*; que son los únicos que aquí tocan el suelo, por eso aunque se derrame sangre, la cara no deja de estar risueña.

Las calles

¡Qué calles! ¡Si parece que por cada una de ellas se va uno a dar de cara con las mismas puertas de la gloria!

En vez de rótulo en las esquinas, hay ángeles que con la expresión o con la palabra dan a entender el nombre de la calle y condición de los habitantes.

Calle de la Contrición, quería decir el Ángel de la primera calle por donde entramos, con su túnica morada y su cara entre dolorida por un recuerdo y esperanzada por una palabra de perdón y de olvido.

Y ¡qué caras las de los vecinos de la calle *Contrición*! las hay de todas edades y de todos los sexos ¡qué caras más interesantes! con unos surcos abiertos del mucho llorar, con unos ojos de

mirar tranquilo y humilde, con una expresión en toda ella muy parecida a la mezcla de dolor y esperanza del Ángel de la entrada; por el interior de las viviendas se oyen golpes como de disciplinas cayendo sobre espaldas penitentes, mezclados con cantos sollozantes de estrofas del *Miserere*; pero ni los sollozos que acompañaban a las estrofas, ni el ruido de aquellos golpes, ni la expresión dolorida de aquellos vecinos destruyen el ambiente de paz y de dulce calma que allí se respira.

Calle de la Amistad; ¡qué bien lo expresan los ángeles de la calle! ¡Qué bienestar se siente aquí! ¡Qué palabras tan tiernas, qué miradas tan puras, qué ademanes tan finos, qué manera de ayudarse unos a otros para amar a Dios, qué afán por servirse unos a otros, por evitarse molestias, por adivinar deseos para satisfacerlos! ¡Qué a gusto se vive en la calle de la *Amistad* del País de los corazones limpios.

Calle de la Esperanza, ¡qué cerquita debe estar esta calle del cielo! ¡cómo levanta y acerca a él el Ángel de la entrada con su mirada y sus manos señalando allá arriba...!

Calle del Dolor Alegre: Aquí hay paralíticos de muchos años, y enfermos incurables y heridos sin cicatrizar, y huérfanos de padre y madre, y hombres y mujeres con muchas penas y lástimas y dolencias de cuerpo y de alma y ¡raro fenómeno! en vez de llorar, ríen; en vez de quejarse, cantan; en vez de maldecir su suerte, bendicen a Dios...

Calle del Perdón generoso: Calle de la Paz del alma: Calle de la Pobreza de espíritu: Calle del Amor puro: Calle de la Humildad triunfante: Calle de los Desengaños, de la Gratitud, etc...

Y ¡eche V. calles y títulos deslumbrantes y caras hermosas y alegría inacabable, y suavidad y olor de cielo y paz y ventura y todo lo bueno que puede uno imaginarse!

Y si de las calles se pasa a los elegantes y variados Palacios que entre ellas se levantan, el papel es poco y la pluma torpe para decirlo todo.

Aquí el *Palacio de la Indulgencia habitual*, allí el de las *Menudas gracias diarias*, a un lado el de la *Generosidad a prueba de ingratos*, a otro el de la *Limosna oculta*, acá el de la *Paciencia inagotable*, allá el de los *Pequeños vencimientos diarios...*

¡Qué variedad de tipos y de escenas, qué ir y venir tan animado, tan alegre, tan armónico, tan suave!

Y como marco de este gran cuadro,

El río

que circunda a todo aquel país; nace al pie de la única iglesia, o mejor, altar-sagrario, coronado con una hermosa Imágen del Sagrado Corazón de Jesús y situado sobre la colina más elevada; es un río manso, perfumado, transparente, azul, como el río de la Virgen de Lourdes, con la rara propie-

dad de ser el *sostén* y la *medicina* de toda aquella comarca.

Se desborda de tiempo, en tiempo, y riega, fertiliza y hermosea todo cuanto baña.

Si alguno de los moradores se siente inquieto o herido o tentado de salir del país, un baño en aquellas aguas le quita inquietudes, tentaciones, heridas...

Aquel río se llama el *río de la Caridad*.

.....

Pero,

paréceme ya oír a algún *prosaico* lector de GRANITOS DE SAL, ¿esto es realidad o sueño? ¿existe ese mundo de verdad o sólo en la fantasía del escritor? ¿se trata quizás de un cuento o leyenda presentados al certamen en honor de Colón?

No, no,

ese país existe y con muchos más encantos y maravillas que el cronista narra; un país real y verdadero, tanto por lo menos como este otro país de odios, pecados, malas voluntades y falsías en que vive la inmensa mayoría del género humano.

¿En dónde?

Otra singularidad de este raro país: se le descubre no en un sólo punto del globo sino en muchos, y además en donde uno quiera.

Su tierra es unas veces el Claustro de un Con-

vento observante y fiel, otras el hogar de una familia cristiana de verdad y *por unanimidad*, otras es el lugar en donde varios amigos, según el Corazón de Jesús, se reúnen y se tratan y otras, por último, es el alma de uno mismo, cuando de verdad se propone tener *limpieza habitual de corazón*.

No, no es mundo de allá de las estrellas, es el *reino de Dios*, que según la palabra del Maestro, *está entre nosotros...*

¡Reino bendito y venturoso! ¡Reino de paz, de virtudes y de amor! ¡Qué desconocido eres y qué lejos estás para muchos, estando tan cerca! ¿Por qué los hijos de los hombres no quieren morar en tus alcázares, ni descansar a la sombra de tus árboles, ni cruzar tus calles alegres, ni refrescarse a la orilla de tu deleitoso río, ni postrarse al pie de tu deleitoso Tabernáculo...? ¡Dios mío! ¡Piedad para ellos y bendiciones para Ti por haber hecho tan bienaventurados a los *limpios de corazón*!

Yo conozco una frase que encubra más mentiras y más hipocresías que ésta: No puedo... ¿Queréis una prueba? Sustituid el término de la acción o sujeto paciente de este verbo de esta manera: en vez de la obra de Dios o del prójimo, poned la obra del yo y... veréis cómo se mentía...

Un viaje al país de los sucios

La ley de los contraste me impulsa, lector amigo, después de haberte acompañado a dar un paseo por el encantador *País de los corazones limpios*, a proponerte ahora otro paseito por el antípoda suyo, o sea, por el *País de los corazones sucios*.

A guisa de provisiones para el viaje, te advertiré que éste no tiene nada de pintoresco ni de agradable, pero, que en cambio, una visita a él, con las debidas precauciones *antisépticas*, ofrece provechosas y utilísimas enseñanzas.

Con esta advertencia y con la de que es preciso recogerse bien el vestido para no salpicarse al andar por aquellas tierras, y tomar para el alma todas las precauciones que se toman para evitar al cuerpo el contagio del cólera.

¡En marcha!

Y no creas, amigo mío, que haya que andar mucho; el camino para el *País de los limpios* es

mucho más largo y molesto que el del *País de los sucios*.

¿Ves el tiempo que se echa en formular un pensamiento y conseguirlo? Pues ese es a veces el tiempo que se emplea en colarse de rondón por el mal oliente país.

Hay aparte de esa, que pudiéramos llamar *trocha*, otro camino tan suave que se anda casi sin sentir, tan entretenido, que apenas se da uno cuenta de que va por él y tan seguro y eficaz para llegar a aquel país, que son raros los que, andándolo, no llegan a él y, llegando, se salen.

Se llama ese camino *la carretera de la Tibieza espiritual...*

¡Alto!

Estamos dando vista al país de nuestras exploraciones.

¡Cómo alegra los ojos esta pintoresca explanada que rodea la entrada!

Allí de floridos jardines, de salones de bailes, de variadas clases de juegos para todas las edades y todos los gustos, de apuestos galanes y estiradas damas, de tiernas parejas, de figurines vivientes de la moda, demasiado escasas de ropa y de figurones demasiado sobrados de atrevimiento!... Pero todo, ¡qué confortable, qué enloquecedor, qué chic!

Allí hay un letrero: *Avenida de las Tentaciones*, ese debe ser el nombre de todo este barrio: y aquí y allí otros que dan nombre a sus paseos.

Paseo de la *Coquetería*, de la *Desaprensión*, de la *Frivolidad*, del *Atolondramiento*, del *Respeto humano*, del *Buen tono* y el más extraño de todos, de la *Piedad de doublé*...

¡Adentro!

Atravesamos la puerta, que es baja y ancha, sin duda porque los que por allí entran son gente ruincilla y de *anchuras*, y henos de hoz y de coz metidos en el *País de los sucios*.

Y ¡vaya si tiene bien merecido el título!

¡Qué olor y qué color el de aquellos suelos, de aquellas casas y de aquellas calles!

Desde luego se echa de ver que aquella tierra es bastante extensa y muy poblada; ofrece el aspecto de una ciudad grande en ruínas; y ¡qué ruínas!

Figúrense Vdes. que el pavimento de las calles es de un cieno pegajoso y mal oliente que trepa de espaldas; y ¡cómo apena el ánimo del visitante ver a los moradores de aquel pueblo andar trabajosamente por entre el cieno, unos hasta las rodillas, otros hasta la cintura y muchos hasta los mismos labios; y ¡cómo aumenta la pena al distinguir de entre aquellos encenagados algún que otro niño de doce años, no pocas jovencitas de quince y veinte y ¡Dios mío! hasta... ¡Qué contraste tan aterrador causa el ver flotar sobre aquellas olas negras el escapulario azul o la medalla que todavía prenden de aquellos cuellos!...

Las calles

¡Vaya un rótulo el de la primera que encuentro!

Calle del Dolor rabioso: Y de unos zaguanes oscuros y de unas ventanas tapadas con telarañas y de todos los huecos de aquellas casas ¡qué gritos! mejor ¡qué alaridos! ¡qué blasfemias! ¡qué salir y entrar de los vecinos sin preocuparse de otra cosa más que de llorar y despedazarse!

Es la calle de los arruinados por el juego, de los destrozados por la lujuria, de los enfermos incurables que no saben rezar, de los vencidos de la vida que no se han enterado nunca o han olvidado para qué sirve un Jesucristo crucificado con los brazos abiertos...

Calle de la Mala Suerte: ¡Cómo rechinan por allí los dientes!

Calle del Sobresalto contínuo, de la Muerte repentina, de los Empedernidos, de los Reincidentes, de los Cobardes, del Sacrilegio...

El Gran Boulevard

Este merece párrafo aparte: forma lo que pudiera llamar el corazón de la ciudad.

Se llama el *Gran Boulevard de los Siete*.

Por lo que después se ve, esos siete se refieren a los *Pecados capitales*, pues una estatua de cada uno de ellos preside las siete amplias avenidas que forman el *boulevard*.

Avenida de la Soberbia: Si no fuera porque la

impresión de asco y de pena que le sobrecoje a uno al entrar en aquel país es tan extensa que domina a toda otra impresión, habría que reirse al echar la vista por la *Avenida de la Soberbia*.

Como aquí se ven las cosas como son y no como aparecen ante los ojos del mundo, tienen que ver y que admirar aquellos soberbios y soberbias (que de los dos sexos hay) haciendo el papel del oso; aquí un señorón vestido de *punta en blanco*, para quien las aceras son estrechas, que resbala y cae al cieno y sale de *punta en negro*; allí una elegantísima señorita con aires de Diosa del Olimpo, a quien la tralla de su cochero distraído cruza la cara, dejándole como nacidos por generación espontánea unos bigotes del cieno que casualmente traía la malhadada tralla.

Bien pudiera llamarse aquello la *Avenida de contrastes humillantes*, que nunca faltan a los soberbios.

Avenida de la Lujuria: ¡Tapa, tapa! ¡Cuánto cerdo, cuánta *cerda* y... cuánta peste!

Avenida de la envidia: ¡Si parece un cementerio! Figuras humanas que, a fuerza de roerse, parecen esqueletos ambulantes con ojos muy grandes para ver y llorar el bienestar del prójimo. ¡Qué horror!

Avenida de la Pereza: ¡Pobre gente! ¡Cuánta mosca y cuánta miseria caen sobre ella! ¡Qué horror!

Monumentos públicos

Los hay numerosos.

El Palacio de la moda de París: Yo le llamaría el Palacio de las Equivocaciones, allí entra una ramera y sale *pareciendo* una mujer elegante; entra una señora o señorita decente y sale *pareciéndose* a la ramera de antes; entra una con el pelo negro o cano y sale *pareciendo* rubio como las candelas o negro como el azabache; allí entra *un o una pergamino* de 70 otoños y sale *pareciendo* un oloroso *bouquet* de 15 abriles, no más; allí entra el jorobado y sale sin joroba, la gorda o delgada y sale delgada o gorda, y el tuerto con los dos ojos, y el cojo, con las dos piernas, y todos los averiados salen orondos y flamantes como recién salidos del horno.

Pero lo interesante de este Palacio es la *puerta falsa*; por allí pasa lo que no *puede pasar* por parte alguna; caras que a fuerza de afeites y menjurjes se han envejecido y arrugado: cabezas que a fuerza de tinturas y rellenos, se han quedado vergonzosamente calvas: talles deformados de tanto ajustarse, y *alambicarse*, pies callosos y *ajuanetados* de tanto apretarse, y un ejército de enclenques y de viejos y viejas prematuros a fuerza de vivir contra la naturaleza y el sentido común.

Palacio del Rey Jorge: La puerta más concurrida de esta casa es también la de escape, que comunica directamente con el *despeñadero de la Desesperación*, que luego describiré.

Palacio del Placer: Este Palacio y el anterior son los que dan más contingente de vecinos a la calle del *Dolor Rabioso* y al *Despeñadero de la Desesperación*.

Pero,

como mi objeto no es escribir una *Guía oficial* de ese desdichado País, paréceme que será ya tiempo de buscarle la salida.

Permítanme, sin embargo, hacer pasar un mal rato a la imaginación y al estómago de mis lectores, presentándoles el fenómeno más raro y espe-luznante que allí se contempla.

La lluvia de gusanos

Así merece llamarse aquel entrar y salir de la boca de todos los moradores del País de unos gusanitos tan feos como repugnantes que de día y de noche, solos y acompañados, se dedican a la angustiosa tarea de roer sus conciencias.

Para tratar de exterminarlos o distraerlos, han puesto los *Sucios* multitud de tabernas, casinos, teatros, cines de todos colores y *bar*; pero la experiencia demuestra que estos centros atraen y multiplican los gusanos roedores...

¡Qué tormento, Dios mío! y ¡qué modo de amargar los contentos de la vida!

Las salidas

son dos: una el despeñadero de la *Desesperación* que es un precipicio muy hondo y peñascoño, de

cuyos enmarañados jarales penden brazos, piernas y brazos mutilados, restos de habitantes desgraciados que por allí han buscado en vano descanso a sus remordimientos.

Da acceso directo a la puerta del Infierno...

La otra salida está por el *callejón de la Misericordia*: una calle estrecha, larga, penosa, alumbrada de trecho en trecho por una lámpara que deja leer estos letreros: llora, pide, espera...

A la terminación de la calleja una casita con aspecto de confesonario... y después el montecillo florido en donde se levantan el Sagrario y la Imagen del Corazón de Jesús que presiden y embellecen la *Ciudad de los limpios y de los purificados*...

Acompañante amigo, a cambio de estos dos mundos que he descubierto ¿querrías tu descubrirme por qué se empeñan los hombres en poblar el fétido y horrible *País de los Sucios* y en dejar casi vacío el *País de los Limpios*?

¿Verdad que eso es un misterio?

He leído atentamente el Evangelio y no he visto que una sola vez los labios de Jesucristo dijeran esta sola palabra ante cualquier obra buena: No puedo. En cambio, de labios de muchos cristianos, cuando se les invita a alguna obra buena, casi no oigo más palabra que ésta: No puedo. ¿Quieren ustedes explicarme ese contraste?

Una lección de Gramática parda

No sé cómo me las arreglo, que casi siempre en mis escritos salen a relucir mis aficiones escolares.

El constante oír a los niños de nuestras escuelas hablar de números, verbos, líneas, sílabas y todo lo que constituye el *argot* escolar, dan *tinte idem* hasta a mis conversaciones.

Y después de todo, no creáis que me va mal con mis excursiones morales por los campos de la gramática, aritmética y demás asignaturas de la instrucción primaria, pues de más de un maestro y de algún profesor de Religión de Escuelas Normales sé que aprovechan las comparaciones de *Granitos* para echar un puente entre sus explicaciones técnicas y las cosas del alma y de Jesucristo, faena muy propia de maestros cristianos y *cristianizadores*.

Alentado, pues, con esa noticia voy ahora a hablaros de

Los tiempos del verbo

que, como sabéis, son tres: *presente*, *pasado* y *futuro*.

Ya en tiempos os dije que nuestro *amor propio* era gran autor de *gramática parda*, y hoy os vuelvo a prevenir contra las malas artes de ese avinagrado *dómine*, indicándoos el uso, o mejor, el abuso que hace de esos tres tiempos del verbo.

Como de la *abundancia del corazón habla la boca*, por las palabras de ésta podemos sacar lo que bulle por allá adentro.

Y si nó vamos a comprobarlo.

Si yo veo que una persona habla mucho en *primera persona*

De presente

tengo indicios muy claros de que el amor propio está allí soplando por la *cañería* de la *vanidad*.

Yo soy esto o lo otro, yo tengo, yo puedo, yo soy capaz, yo valgo, yo costeo, yo sufro, yo gano, yo mando, yo entiendo, yo, yo... frases son éstas de *tiempo presente*, en las que si se meten las *pinzas* de un buen examen, se saca por onzas y libras la *vanidad*.

¿No os habéis fijado en el gusto y el afán que tenemos en hacer saber a los demás lo bueno que somos o tenemos o creemos ser o tener?

¡Qué alegrón tan grande llevarían no pocas personas el día que viniera la moda de llevar en un cartel al lado o a la espalda escrita con letras muy legibles la ejecutoria de cada cual!

¡Con qué gusto pondría en el cartelito de marras aquella joven elegante estas o parecidas palabras:

Tengo unos ojos, unas manos, una mirada, un porte...! y aquel joven literato en agrás esto otro: ¡Cuidado que he escrito dos artículos crepusculares y un soneto a ella, ¡ay qué soneto!... y aquel politiquillo o *politicazo* su letrero de ¡Soy un Maquiavelo! y el uno con su cartel de sinceridad y el otro con su cartel de talento, etc. etc. ¡qué alegría si viniera esa moda! Por más que no hace falta que venga, que bien se encargan la boca, los ademanes, la mirada, el traje, la compostura y el *aire* de decir muy a las claras el *presente* real o ilusorio de cada cual.

Días pasados

se me acerca en la calle una niñita como de tres años a pedirme una *meallita*: doile un caramelo y ella, agradecida y hablándome con su boca, con sus manillas y con todos sus ademanes, me dice: *Mía Cura*, yo soy *mu* bonita y me llamo Angelita y tengo unos zapatitos *banco*...

Decidme, personas mayores, ¿no es verdad que esa explosioncilla de vanidad infantil es el *eco* o *preludio* de la mayor parte de las conversaciones del género humano masculino y femenino?...

Pues vamos al

Preterito

porque ocurre a veces que el relieve de nuestras miserias actuales es de tanto bulto, saltan tanto a la vista los deterioros que los años, las circunstan-

cias, los acontecimientos y las contrariedades van introduciendo en nuestro ser físico o moral que ¡la verdad! hace falta ser tonto de remate para enamorarse y hablar entusiasmado del *tiempo presente*.

Y entonces, el amor propio que de todo tendrá menos de tonto, se dedica, o mejor, nos induce a que nos dediquemos a conjugar los verbos, con preferencia en *tiempo pasado*.

Tal es el caso de la solterona a la fuerza o *sin vocación*, del viejo abuelo arrinconado en el hogar y licenciado de la vida, del artista cien veces fracasado, del presumido o presumida pasados de moda... Vedlos: hoy no valen nada, absolutamente nada, ni ellos, ni las cosas que les rodean... ¡qué desengaño de vida! ¡qué desilusión! ¡cuánta vanidad! ¡qué modas! ¡qué exageraciones!... es decir, que os falta muy poco para tenerlos por unos San Francisco de Asís de humildad y desprecio del mundo...

Pero antes, prosiguen ellos y empieza a conjugar el que dijimos, antes era otra cosa, si se trata de *ellas* ¡cuántos partidos ventajosos despreciados, cuánto derroche de diversiones, cuántos manicomios llenos de gente *loca* por *ellas*... ¡y si se trata de ellos, qué conquistas amorosas, qué calaveradas más ingeniosas y felices, qué gente la de su tiempo más valiente y más sabia, qué campañas tan brillantes en la milicia, en las artes o en las ciencias...! ¡qué chaparrón de *pretéritos perfectos*!

Y ¡qué! ¿no véis y oléis en ese salidero de *jactancia* al amor propio con su gramática *parda*?

Así como el *presente* es el tiempo favorito de la *vanidad*, el *pretérito* lo es de la *jactancia*.

Y queda

El futuro

que también hace no flaco servicio al de la *parda*.

Debo deciros, aunque supongo que ya habréis tenido ocasión de haber caído en la cuenta, que su merced el amor propio es un grandísimo *embustero*; siempre anda buscando cómo engañar al propio interesado, al prójimo y, si fuera posible, a Dios mismo.

Y ¿no os habéis fijado en lo que usan y abusan todos los embusteros del *futuro imperfecto*?

Y además de embustero tiene el grave y feo vicio de la *flojera* para todo lo que no le halaga. Es tan *flojo* para lo que no le halaga como activo para lo que le gusta; para ésto, ni la electricidad le gana en actividad.

Embustero y flojo, eso es nuestro amor propio.

Y ¿no os habéis fijado en el lenguaje de todos los que tienen alguno de estos dos vicios? ¿Sabéis cuál es el tiempo que más y mejor conjugan?

¡El futuro imperfecto!

Yo iré, yo pensaré, yo veré, yo buscaré, yo cumpliré, yo haré... total *futuros* todo lo *imperfectos* que queráis que nunca pasarán a *presentes*.

Pues ese es precisamente el lenguaje de nuestro amor propio en las cosas que no le halagan.

Yo iré a Misa, yo confesaré, yo me venceré de tal o cual vicio, yo daré limosna, yo dejaré en mi testamento, yo asistiré a esta Junta, yo ayudaré a los que trabajan en aquella buena Obra... total, *futuros imperfectos*... y ¡tan imperfectos! ¡como que encubren dos cosas malas, una mentira y una pereza!

Una conjugación conveniente

para el *pretérito*, una conjugación que se parezca a ésta: *peccavi, pequé*, que en esa sola palabra se encierra la *verdad* de todo nuestro pasado.

Para el *presente*, una conjugación que se parezca a ésta *servi inutiles sumus*, siervos inútiles *somos*, que esa es la verdad de nuestro *presente*.

Y para el *futuro* una que se parezca a ésta: *sequar te quocumque ieris, te seguiré* (a Cristo) a donde quiera que vayas, que es la *única verdad* que nos tiene cuenta abrazar.

Y si logramos que sobre el pasado y el presente y sobre los buenos propósitos para el futuro, el Corazón de Jesús eche unas gotas de su gracia, ocurrirá el día menos pensado que desaparecerán los pretéritos y los futuros y nos quedaremos con un *presente* no de *infinitivo*, sino infinito y eterno de felicidad que a todos mis amigos como para mí deseo.

Una lección de Geografía espiritual

LAS ESTACIONES

Yo no sé

por qué cuando llega el otoño, todos nos sentimos algo picados de poetas chirles y se nos entran ganas de entonar endechas a las melancólicas tardes grises, a las hojas caídas, a los árboles desnudos, como gigantescos esqueletos y a todas esas cosas apaciblemente melancólicas del otoño, a las que no hay escritor imberbe, ni poeta barbilampión, que no haga algunas galeradas de ¡ay! ¡oh! muy tristes y muy hondos.

Yo, que de poeta tengo lo indispensable para no ser excepción de tan sabido refrán de «médicos, poetas y locos todos tenemos un poco» y en cambio de moralistón, como me llama un amigo, tengo dosis por arrobas, he dedicado también al entrar el otoño algún ratillo a la contemplación de las consabidas hojas caídas y en vez de descolgar la lira del sauce llorón, como los poetas hebreos para

cantar llorando o llorar cantando

las tristezas del destierro, he cogido mi prosaica pluma para estampar en el papel algo relacionado con las estaciones del año y con las del alma...

Porque,

aunque te produzca asombro, he de asegurarte que no es sólo el tiempo el que se permite el lujo de tener estaciones, sino que también su merced el alma tiene las suyas, y doite mi palabra de cristiano de que no hemos de perder el tiempo en hablarte yo y oírme tú sobre esas estaciones, aún no registradas en nuestros almanaques.

Una diferencia

encuentro por de pronto entre las estaciones del año y las del alma; las primeras son sucesivas y periódicas, y las segundas no siempre están sujetas a esas sucesiones periódicas.

Es decir, el tiempo unas veces está en primavera, otras en otoño, y nunca se da el caso de que del otoño se pase al verano, sino al invierno y de éste a la primavera: hay sucesión a plazo fijo.

En las almas no pasa así, hay almas de invierno y por nada del mundo pasan a primavera o verano: las hay, en cambio, de verano, por vida, como las hay de otoño y de primavera.

Otras pasan con suma facilidad del otoño más melancólico, que hayan podido cantar los poetas románticos, a la primavera más risueña o viceversa.

Diferencia que yo me explico por la existencia de la libertad en el alma y la carencia de ella en el tiempo, es decir, por la misma razón por la que la célebre hija de aquel Alcalde leía su devocionario al revés «porque siendo hija del Alcalde podía leerlo como le diera la gana.»

A las almas les pasa eso: les da a lo mejor por estacionarse en otoño y hasta que no les dé la gana de mudarse a otra estación, también la que les dé la gana, ya puede V. irles con razones para que se *desotoñen* (y propongo la palabra a la Academia.)

Pero todavía

—parece que te oigo decir, no nos ha explicado en qué consiste ese estar las almas en invierno o en verano o en las demás estaciones.

Y mucha razón que llevarías y allá voy a salir al encuentro de ese pero.

Empecemos por

Las almas de invierno

¿No te has encontrado en la vida con esas almas tan frías como el invierno más frío?

Frías en sus pensamientos, en los que no hay más que cálculo; frías en su corazón, del que nada ni nadie saca más que nieve; frías en sus obras, en las que en vano buscan calor los prójimos; frías en su conversación, en la que todo es artificio e intención; frías con los amigos, con los bienhechores ¡hasta con sus hijos!

Si hablan, es para echar un jarro de agua fría al interlocutor: si miran a uno, es para dejarlo helado: y su especialidad es decir frescas.

Si alguna vez parece que calientan un poco, es calor como de invierno, que dura poco, la hora del medio día.

Como almas de invierno tienen lluvias frecuentes de llantos de rabia, de despecho, de odios reconcentrados...

Y ¡claro! con esos fríos y esas aguas tan corrompidas, no hay que esperar de esas almas ni flores, ni aromas de virtudes de primavera, ni frutos sazonados de buenas obras del verano ¡nada! allí no hay más que eso, mucho frío, mucha soledad y mucha agua de aquélla...

¡Pobres almas de invierno! ¡Qué tristes los inviernos del alma!

Las almas de primavera

Deja ahora, pluma, de mojar te en tinta negra para zambullirte en... agua de rosas.

¿Con qué tinta mejor se va a escribir sobre la primavera?

Las almas de primavera tienen, como la naturaleza en esa estación, mucha lozanía de hojas, flores y aromas. Son esas almas siempre floridas y casi siempre risueñas, que a pesar de los deterioros que los años van causando en su cabello, en sus dientes, en su cara, en su agilidad, se conservan siempre jóvenes, siempre esperanzadas, como

gozándose en la vista de horizontes de color de rosa, siempre optimistas, engañadas cien veces y otras cien veces dispuestas a ser engañadas sin acabar nunca de pasar a la categoría de desengañadas...

Son las almas de las amistades ingenuas, de las entregas sin reserva, de las candideces casi infantiles a pesar de los años y del saber, de los ratos amenos e interesantes, de la benevolencia constante y de los sacrificios hechos sin darse cuenta.

No por esto creas, amigo mío, que a pesar de esas bienandanzas, no haya en esas almas, como las hay en la primavera del tiempo, ráfagas heladas o chubascos de defectos de invierno o vientos y tormenta de pasiones huracanados, propios de la estación, o calores anticipados de verano que secan hojas y flores o impiden el fruto...

Fuera de estos percances, las almas de primavera son almas encantadoras.

Las almas de verano

Es un pleito al que todavía la humanidad no ha dado solución unánime, el de si el verano es mejor que el invierno o éste mejor que aquél.

Dejando la solución a los abueletes que parece que tienen gusto especial en discutir ese tema, mientras toman el sol en los medios días del invierno, yo me contentaré con decir que, como los extremos suelen ser viciosos, ni el mucho frío del

invierno ni el mucho calor del verano me hacen ni pizca de gracia.

Y por esa razón yo miro con mi poquito de suspicacia a las almas de verano.

Son esas almas siempre atropelladas, siempre echando chispas, que llevan media riña por lo menos en el bolsillo, buscando la otra media en el del primer ciudadano con que topan, almas que, en vez de hablar, dan resoplidos, en vez de amar, queman, en vez de alentar, atropellan, almas triqui-traques o dinamitas en estado de explosión perpetua, que más debieran servir para soplete de platero que para motor de un ser humano.

Son las almas de los iracundos, de los irreflexivos, de los exaltados, de los alcoholizados...

Son almas al lado de las cuales, más que calor, se siente asfixia.

¡Cuánto fuego!

Las almas de otoño

¡Pobrecillas! Como el otro otoño, estas almas tienen sus hojas caídas de ilusiones, desengaños, excepticismo de la vida, y sus tardes tristes, y sus tonos grises y su melancolía que trascienden a muerto y sus días apacibles y sus mañanas frescas y sus noches frías.

Suelen vivir en esta estación las almas de los caídos, de los desengañados, de los enfermos incurables, de los calabaceados por la fortuna o por el amor, de los desengreídos del éxito, de los tris-

tes, de los por naturaleza pesimistas y de los poetas melencólicos que se han empeñado en mirar el mundo como una inmensa sala mortuoria...

De ordinario se llega a esta estación por averías sufridas en las otras estaciones.

Y ¿cuál será la mejor?

Aquí tenemos otra vez el pleito del verano y del invierno.

¿Cuál de esas estaciones es la mejor para el alma?

Allá va mi respuesta en pocas palabras.

Como cada estación por alegre que sea, tiene su contra, y por antipática, como el invierno, su pro, yo creo que la mejor estación para el alma sería aquella en que se reunieran todos los pro de cada una de ellas y se espantaran todos los contra, ni más ni menos que como lo desearíamos en la naturaleza.

Un alma que reuniera los aromas y las flores, y los horizontes rosados y los encantos de la primavera, junto con los días diáfanos y el calor de verano suficiente para que todo eso luzca y viva y con las lluvias de buenas lágrimas de invierno que den jugo, y se defendieran contra la vanidad y las pompas mundanas con algo de las desilusiones otoñales, sería un alma colocada en una estación de Paraíso.

¿Qué hacer?

La Geografía nos da la solución de ese problema y nos enseña a conseguir para el alma, esa estación ideal.

¿Cuál es la causa de las estaciones del año? Preguntad a un geógrafo de diez años.

Y os responderá: La distinta posición de la tierra con respecto al Sol.

¿Os enteráis, amigos?

Todo se reduce a que el alma se *coloque bien* delante del Sol suyo.

El Corazón de Jesús, ese es el Sol de las almas.

Almas, ¿queréis evitaros los rigores de las estaciones?

¿Queréis una primavera eterna sin ninguno de sus inconvenientes y con todas las ventajas del verano, del otoño y del invierno?

¡*Situáos bien* delante del Corazón de Jesús!

No puedo... A los que se empeñan en excusarse de trabajar y quedarse tranquilos, con ese pretexto, yo les pediría que se pusieran de rodillas delante de un Sagrario y dijeran: Señor, aunque yo sé que Tú estás ahí y que puedes y quieres ayudarme a mí en todo, he decidido no hacer nada porque... No puedo... ¿A que no os atrevéis?

Otra lección de Geografía espiritual

LOS ECLIPSES

La lección anterior de *Geografía espiritual* sobre las *Estaciones del año y las del alma* pide como complemento esta lección sobre los eclipses del alma, o mejor, sobre *las almas en eclipse*.

Se dan casos de almas bien situadas con respecto a su Sol, que, como allí se dijo, era el Corazón de Jesús, y que por esta razón debían gozar de una Estación deliciosa y paradisiaca, y, sin embargo, sienten fríos heladores como de invierno o fuegos abrasadores de verano y hasta oscuridades de noches de los Polos.

¿Cómo se explica ese fenómeno?

La teoría de los eclipses dan de él una explicación satisfactoria.

Y vean Vdes. cómo por arte de encantamiento GRANITOS DE SAL ya no son tales Granitos sino astrolabio más o menos cabalístico de astrólogo de cónico gorro y larga capa adornada con estrellitas de papel dorado, como diz que pintan a los del oficio todos los almanaques conocidos hasta el día.

Iniciado ya en el nuevo oficio, en el que tengo el gusto de ofrecirme a Vds. como atento y seguro servidor, comienzo a ejercerlo.

El caso

Que los médicos llamarían patológico o clínico, y que *nosotros los astrólogos* llamamos geográfico-astronómico, es éste.

Un astro, léase alma, gira con regularidad en torno de su sol, léase Corazón de Jesús, y parte por gracia de su sol y parte por propio esfuerzo ha conseguido no tener que *volver la espalda* nunca a su sol y recibir *directamente* sus rayos de luz y de calor.

¡Cuidado que tiene que dar tumbos y vueltas constantemente! Como que entra en los designios de ese *Sol* no dar ni un átomo de luz ni de calor a las almas *paradas*.

Y anda que anda, gira que gira, llega a lo mejor un momento en que el alma aquella pierde de vista a su *sol* y con él la *luz*, el *calor* y el *gusto* que recibiría de ser bañada cara a cara y directamente de sus rayos.

Los astros del mundo físico no sienten ni padecen; pero si sintieran ¡qué pena sentirían cuando se quedan sin su sol!

Estos otros astros espirituales sí sienten y ¡cómo padecen cuando se quedan a oscuras!

¡Qué sombríos se ponen sus pensamientos, qué tristes sus amores, qué cerrados sus horizontes, qué tenebrosas e indescifrables sus vidas!

¿Qué ha pasado para que aquellas almas, que por su buena posición respecto a su Sol habían conseguido días sin mañanas frías, sin tardes tristes, sin noches oscuras, sin temperaturas desahagibles, qué ha pasado para que se queden sin Sol?

El eclipse

Un cuerpo opaco se ha interpuesto entre el sol y el alma y aquel se eclipsa para ésta. ¿Cuánto durará?

Lo que dure la permanencia del cuerpo opaco entre el sol y el alma.

Y ¿cómo se ha interpuesto? ¿Quién lo ha colocado en aquella línea?

La Geografía terrestre explica esas interposiciones por la rotación de los astros; no es extraño que dando tantas vueltas, alguna vez unos corten las relaciones de sus compañeros con el sol.

Los astrónomos terrestres midiendo distancias y velocidades pueden anunciar a ciencia cierta el encuentro de dos astros para producir eclipse; los astrónomos espirituales tienen que medir, o mejor estudiar otras dos fuerzas: la voluntad del Sol y la del astro que gira en torno suyo, que esta particularidad ofrecen, entre otras, estos astros espirituales, que se mueven no por fuerzas ciegas, sino por voluntad libre.

De modo que en todo eclipse espiritual hay siempre esta razón; la voluntad del Sol o de su planeta; es decir, que no se dan eclipses casuales, por

coincidencia o por causa fatal; estos eclipses son siempre queridos y buscados por uno o por otro.

Extrañeza

y quizás dudas muy cercanas a la negociación producirá a alguno de mis lectores esta afirmación de los *eclipses voluntarios*.

¿No cree V., paréceme oír a alguno, que implica cierta contradicción que un alma, que en el caso propuesto se supone buena, quiera y busque que se le eclipse su Sol y que ese Sol, tan bueno y tan deseoso de darse, vaya a querer y a buscar el eclipsarse para esas almas buenas?

Yo explicaré, con dos ejemplos, esos eclipses voluntarios por una o por otra parte y desaparecerá la extrañeza.

Primer ejemplo

¡Qué buena es aquella jovencita, tan fervorosa en su comunión diaria, tan recogida en el templo, tan leal con sus amigas, tan obediente a sus padres...! ¡qué buena es! ¡Cómo se adivina en aquella cara que es la luz brillante y pura del Corazón de Jesús la que la ilumina!

Pero un día... la *hoja* de una lectura frívola, la *tela* de un vestido *transparente* y *ceñido* a la moda, la *cara* de una amistad demasiado impetuosa y agitada, la *sortija*, el *abanico*, o el *zarcillo* elegante y rico de un regalo de intención dudosa, las lágrimas de una pena con poca generosidad recibida,

las *muecas* de burla de quienes afean su vida devota... cualquier cosa, se interpuso entre aquella alma y el Corazón de Jesús y como, aunque pequeñas y ligeras, eran cosas *opacas*, interceptaron la luz del Sol y proyectaron sombra sobre aquel pobre planeta.

Y entonces se presentaron las arideces, los desconsuelos, la turbación, las oscuridades y dificultades en cosas que antes se veían claras y fáciles: y a las obras buenas les faltó el brillo y a las virtudes su frescura y al alma le vino algo así como una noche de invierno...

¡Pobre alma en eclipse!

¿Que cómo unas cosas tan pequeñas, como esas que he enumerado, pueden incomunicar al alma con un Sol tan grande, como el Corazón de Jesús?

Una pajita, que es millones de veces más pequeña que el Sol, puesta sobre nuestros ojos nos priva de su vista.

El mal no está en que sea grande o pequeño el cuerpo interpuesto; sino en que sea *opaco*, es decir, en que *no se pueda ver a través de él al Sol*.

Quitad de aquellas cosillas *el desorden* con que las mira vuestro corazón, que es lo que las hace *opacas*, y tendréis siempre Sol, y si no lo quitáis, permitidme que os diga que *queréis* y que buscáis el eclipse, por lo menos indirectamente.

Y plegue a Dios que la interposición del cuerpo *opaco* dure poco y no *coja todo* vuestro corazón, porque entonces el eclipse sería *total* y probablemente *perpetuo*...

Segundo ejemplo

¡Qué buena es aquella almita! ¡Cómo se recrea en ella el Corazón de Jesús! ¡Cómo irradia sobre ella su paz, su belleza, sus atractivos! ¡Es su alma toda luz y todo fuego de amor!

Y como es tan buena, a su paso por la tierra va levantando miradas de simpatía, palabras de amistad, cantos de alabanza; su palabra, su ejemplo, su acción, su presencia, ¡hacen tanto bien! diríase que esa alma es como una *luna* de aquel *Sol* por la luz que de El recibe y por la que ella da a las otras almas.

Pero ¿no es verdad que en medio de tantas alabanzas y de tanto cariño está en mucho peligro aquella alma de olvidarse de que es *luna* y creerse que es *sol*?

Para prevenir ese riesgo y frustrar ese peligro, el Corazón de Jesús se *eclipsará* de vez en cuando y sus eclipses recordarán a aquella alma buena que El sólo es el Sol y que sin El no hay lunas.

¡Cómo se sentirá El reconocido, amado y tenido por indispensable en las lágrimas resignadas y tranquilas que arrancará su *ausencia aparente* de aquella alma en eclipse!

Y ¡cómo ésta se fortalecerá con ese reconocimiento humilde y sincero de su calidad de *luna*...!

Pues ahí tenéis un *eclipse de Sol* querido y buscado por el mismo Corazón de Jesús.

Y también tenéis explicado esos períodos de sequedades, descónsuelos y tentaciones, al parecer

insuperables, por los que pasan a veces *sin culpa de ellas* las almas buenas o que andan detrás de serlo.

Y también explicadas esas frialdades y ligeras inconstancias y defectos, más aparentes que reales, que observáis a veces en vuestros mejores amigos.

El Corazón de Jesús los está sometiendo *a la prueba del eclipse*, para que ellos en El vean su único *sol* y nosotros en ellos no veamos más que *lunas* que no tienen más luz que la que Aquel les da.

Y ved

por donde este pobre astrólogo, de esas observaciones astronómicas saca una regla de finísima *astrología espiritual*.

No caerán jamás en eclipses *culpables de sol* las almas que únicamente se rodeen de cosas *a través de las cuales se puede ver siempre el Corazón de Jesús*.

¡Guerra a los gustos, lecturas, adornos, amistades, entretenimientos, alegrías, y dolores *espiritualmente opacos...*!

Del Bienaventurado Cura de Ars he leído que UNA SOLA VEZ en su vida dijo: NO PUEDO MAS. ¿Sabéis cuando lo dijo? el día antes de morir. Y ¿qué me dicen ustedes de esos que a cualquier sacrificio, a cualquier ayuda, a cualquier desembolso que se les pide responden que NO PUEDEN MAS y... no se mueren al día siguiente?

Oftalmia espiritual

Mi nuevo oficio

Ahora me tienen los amigos convertido por arte de birlibirloque nada menos que en *oculista* del alma.

Porque como no deben ignorar, así como cada hijo de vecino tiene en su cara dos ojos grandes o chicos, azules o pardos, entornados o abiertos, despiertos o adormilados, rasgados o sin rasgar y demás adjetivos que le cuelgan a los ojos los poetas y sobre todo los revisteros de salones de baile, hablando de sus diosas danzantes, también, los dichos hijos tienen en su alma otros ojos, con los cuales ven cosas que no se pueden ver con los otros de la cara.

Un amigo mío

célebre por su *chispa* y por *sus chispas*, distingue al hombre del burro y demás irracionales, y da de paso una prueba de la existencia del alma, con esta frase digna de un filósofo y que él pronuncia

con aires de tal: «El hombre es un animal que ve con los ojos cerrados y el burro es un animal que tiene que abrir los ojos para ver.»

Y lleva razón que le sobra al amigo de las *chispas*: el hombre ve con su alma mucho más que con los ojos de su cuerpo.

Decidme, ¿qué es una aldeilla en comparación de la Provincia en que está enclavada? y ¿qué es una Provincia en comparación de la nación a que pertenece? y ¿qué una nación en comparación de todo el globo? y ¿qué este globo en comparación de esos millares de masas enormes que voltean por el firmamento?

Pues en una relación mucho más reducida que esos seres pequeños con respecto a los otros grandes está el mundo de lo material que cae bajo nuestros ojos de carne con respecto al mundo de lo espiritual que alcanzan los ojos de nuestra alma.

¡Cuánto hay que ver!

en este mundo de lo invisible!

Dios, los Angeles, las almas, sus operaciones, sus relaciones, su ciencia, sus amores, sus virtudes, su orden, su belleza, sus misterios, sus armonías, su intervención en el mundo de lo corpóreo...

¿Habéis leído el *Paraíso perdido* de Wilton y la *Divina Comedia* de Dante?

Esos libros, escritos con los ojos de la cara cerrados, descubren algo, un poquillo no más, de ese mundo que ve el alma.

¡Qué interesante es, por ejemplo, descubrir la acción amorosa de la Providencia de Dios sobre la yerbecilla que ignorada crece en el prado, como sobre el pajarillo que se calienta en su nido, como sobre el niño huerfanito que llora abandonos y penas que no entiende!... ¡qué emocionante sorprender las leyes y armonías inmutables que rigen a los seres corpóreos, lo mismo a los infinitamente pequeños que a los infinitamente grandes! ¡qué alentador descubrir detrás de la letra muerta de un libro de historia o en el interior de un acontecimiento, al parecer casual, o de accidentes y revoluciones de hombres y de cosas presididos, a lo que parece, por un destino ciego, qué alentador repito, descubrir en medio de todo eso una idea directora, un amor impulsivo, un porqué justo, una enseñanza útil, un algo grande a que no alcanzan los ojos de la cara!

¡Qué consolador *ver* en el amigo que me busca, en el enemigo que me persigue, en el suceso próspero o adverso que llama a mis puertas, en la enfermedad que me atribula, en el arte que me recrea, en todo lo que está a mi alrededor, *algo* que viene a hacerme más bueno, más avisado, más limpio, más puro, más probado, más elevado.

¡Cuánto puede *ver* nuestra alma!

Y sobre todo si mira por el telescopio de la *Fe viva*.

¡Qué horizontes, qué sorpresas, qué mundos de maravillas!

Pero ocurre

con estos ojos espirituales lo que con los ojos corporales, que están sujetos a enfermedades.

Y en el orden corporal, así como en el espiritual, hay *ciegos, tuertos, miopes, présbitas* y simplemente delicados de la vista.

Y aquí entra de lleno mi profesión de *oculista espiritual*.

Los ciegos del alma

Por ser la enfermedad más grave, empiezo por ella.

Estos ciegos, unos lo son de *nacimiento*, que *nunca* han visto dos dedos más allá de sus narices, y otros que han visto algún tiempo y luego, por su *propio gusto*, han quedado ciegos.

Y digo *por su propio gusto*, porque esta ceguera, no nativa, siempre es voluntaria *absoluta* o *secundum qui*, como dicen los moralistas.

O decididamente han cerrado los ojos para no ver, o han hecho tales barbaridades que necesariamente ha tenido que sobrevenir la ceguera,

Estos ciegos voluntarios son los ignorantes enreídos, los sabios infatuados, los hundidos en el cieno de la lujuria, los materialistas, los positivistas y todos los que dicen de sí mismos que están por lo *positivo*.

¡Pobrecillos! Para ellos la vida, el mundo y el destino del hombre se reducen a la grosera materia, para ellos no hay mundo sobrenatural, ni espiritual,

ni moral, ni intelectual, ni las palabras, virtud, heroísmo, santidad, amor, abnegación, patria, amor, honor, tienen sentido real, sino sólo un *buen sonido*. Ellos no ven en el mundo otra cosa que una *gran copa* rebosando vino de placeres y ponen todo su afán en beber de él lo más que puedan, hasta emborracharse...

El Espíritu Santo llama a estos ciegos con esta palabra rigurosamente exacta: *hombre animal*, hombre, por lo que aparecen, animal por lo que son.

¡Pobrecillos! Y lo peor del caso es que en muchos arraiga tanto la enfermedad, que se hace incurable ¡eternamente incurable!

Otros no; el *lancetazo* de un apuro gordo, de una contradicción humillante, de una enfermedad larga, dado a tiempo por la mano siempre paternal del gran *Cirujano* Dios, les hace saltar las cataratas de sus ojos y les devuelve la vista. ¡Dichosos ellos!

Los tuertos del espíritu

Es otro grado de la enfermedad que voy estudiando.

Estos tuertos ofrecen, entre otras cosas, la particularidad de serlo del ojo derecho.

Ven algo, sí, del mundo moral y material; pero *no miran derecho*.

Entienden algo de virtud, de justicia y misericordia de Dios; de un honor basado en la conciencia, llegan hasta a enternecerse a veces en la contem-

plación de la belleza religiosa o moral; pero a lo mejor... se quedan a oscuras.

¿No creen Vdes. que son tuertos del espíritu esos cristianos que *ven* en Dios una misericordia rayana en una debilidad bonachona y *no ven* su justicia? ¿no son tuertos del espíritu esos católicos que *ven* todo el mal que viene al pueblo por la lectura de la mala prensa y *no ven* que ellos cooperan a ese mal comprándola y leyéndola? ¿no son tuertos esos que *ven* a Dios en sus personas, en sus casas y en sus templos y *no lo ven* en su vida pública? y ¿esas señoras y señoritas *piadosas* que *ven* el estrago que va produciendo la inmoralidad en el mundo y *no ven* que ellas con sus trajes ceñidos y transparentes y sus bailes atrevidos y sus conversaciones licenciosas, son las que más fomentan esa inmoralidad?

Tuertos y muy tuertos del espíritu son todos los que *ven* la paja en el ojo ajeno y *no ven* la viga en el propio y son todos los que se empeñan en *ver* en nuestra Santa Religión sólo lo que les halaga y recrea y *no quieren ver* lo que les levanta remordimientos o escozores de conciencia.

¡Cuánto tuerto espiritual, Dios mío!

El remedio

De ordinario estas *torturas* son curables: unos *pinchacitos* al *tumor* del egoísmo, unos *sinapismos* al capricho, unas *sanguijuelas* que extraigan un poco de engraimiento o vanidad y unos *bañitos*

de *buen sentido* cristiano, suelen volver la vista al ojo tuerto y dan al alma más vista que tienen los lince.

Otras enfermedades

que pudiera llamar de menor cuantía, o achaques de la vista.

Miopes, présbitas, ulcerosos, granulados, etc., etc. Todos convienen en este defecto; en *desfigurar* lo que ven por la sencilla razón de que no ven bien: unos *ven* lo que no *hay*, como los suspicaces, mal pensados, fastidiosos, celosos, etc.; otros ven *más de la cuenta*, como los exagerados, jactanciosos, soñadores, bravucones y presumidos; otros tienen la triste propiedad de verlo *todo oscuro* como los pesimistas, pusilámines, desconfiados, perezosos, etc.; otros por último de *color de rosa*, como los ilusos.

Tratamiento

El uso de unas *gafas* de cristal de caridad, para *ver bien* al prójimo, de humildad para *ver bien* a sí mismo o de limpieza de corazón para *ver* en todo a Dios y *unas lociones* de agua de pureza de intención, y si no cede, mezclada con unos granitos de mortificación de sentidos, restituyen a la vista toda su potencia y todo su brillo.

Comprobación patológica

Allá va un caso en el que se ponen de manifiesto

los dintintos grados de enfermedad de la vista del alma que he explicado.

Escena: Una calle cualquiera.

Personajes: Un mendigo andrajoso que va y un padre rico con su niño que vienen.

Acción: El mendigo alarga su mano al paso de los otros dos personajes y les pide una limosna por amor de Dios, el padre se detiene, saca una moneda de su bolsillo, la entrega a su hijo para que éste la deposite en la mano del mendigo. El niño lo hace y el pobre besa, agradecido, la limosna.

Eso es lo que han visto los ojos de la cara.

Suponed que ese hecho lo han presenciado esos enfermos de la vista del alma de que os he hablado; ¿qué han visto?

El ciego ha visto exactamente lo que hubiera visto el perro que estaba husmeando; no ha visto más que la acción mecánica de una mano sucia que se alarga y una manita blanca que entrega una moneda; su alma no ha visto nada allí, ¡está ciega! Se encoge de hombros, o se ríe y pasa de largo.

El tuerto ha visto algo; ha visto una lástima en el mendigo, un sentimiento de delicada compasión en el padre y un acto de obediencia en el hijo, *pero protesta* de que la mendicidad pasee sus repugnantes harapos por la vía pública.

Los turbios de la vista han visto la bondad de la acción *pero* con ella *quizás* también *bigardonería* en el mendigo, algo de *vanagloria* jactanciosa en

el padre por dar en público su limosna y hasta algo de *mira interesada* en el niño que así trata de congraciarse con su padre para que le compre un juguete.

Los sanos y limpios de ojos allí ven detrás de los harapos del mendigo a Nuestro Señor Jesucristo que ha dado su representación a los pobres; en la acción del padre ven un acto de fe, educación y de caridad cristiana y en la finura del hijo alargando su manita hasta estrechar la del pobre, ven al Ángel de la Caridad que está allí repartiendo bendiciones al rico que da y consuelos al pobre que pide y envolviendo aquella acción en un ambiente de cielo...

Señor, que yo vea

¡Cuántos, como el ciego de Jericó, deberían ponerse a orillas del camino por donde pasa Jesús y clamar como aquél: ¡Señor, que yo vea!

¡Ah! *¡si vieran* las maravillas de esos mundos de lo moral, de lo espiritual y de lo sobrenatural que se esconden tras la corteza de estas cosas materiales que nos rodean!

¡Corazón bendito de Jesús, Luz de Luz, ten piedad de esas pobrecillas almas ciegas y a oscuras en medio de un mundo de maravillas y de luz!

¡Señor, que vean los que no ven, y que vean bien los que ven mal!

¡Señor, que veamos con los ojos cerrados!

De fonética espiritual

I

EL TONO

He aquí el título de un capítulo que encajaría muy bien en los libros de piedad, y que habría de evitar a más de dos y a más de mil personas buenas un defecto en que no han reparado y por el que les ha venido a ellos y a los que con ellos viven más de un disgusto.

¿Más defectos todavía de los que ya ha descubierto *Granitos de Sal*? ¿es posible?

Sí, señores; rebuscando rincones de almas buenas, he tropezado con uno, contra el que no veo que suela nadie prevenirse ni preparar remedios.

Caso frecuente

Tal persona es buenísima, limosnera, asídua al templo, generosa, mortificada y muchos etcéteras de cosas buenas, y, sin embargo, *no peta*; los de arriba, sus iguales y los de abajo, todos, después de reconocer que es buenísima persona, convienen

en ponerle un *pero*, aunque no acierten a fijar la naturaleza del *pero*.

¿Orgullosa, esquivada, despegada, inconstante, disimulada, vanidosa?

¡Nada! que allí hay algo que disuena y no aciertan lo que es.

El quid

está, y Vdes. perdonen que yo me meta en *adivinarlo todo*, el *quid* que choca en aquella persona está en el *tono de su virtud*.

— ¿En el tono?

Sí, señores; así como por los trazos de la letra y por las rayas de la mano hay quien trate de adivinar las intenciones del autor de aquéllas o del dueño de aquella mano, se puede sacar por el *tono* con que cada cual habla la virtud o el vicio que en su interior domina.

Mi teoría

¿Quién no adivina al perezoso en el hablar tardo y flojo, al soberbio en el hablar imperioso, afirmativo y hueco, al goloso en el hablar *pastoso*, y al avaro en el hablar entrecortado y menudo, sin duda para *gastar menos* tiempo y saliva...?

Y por lo contrario ¿quién no *presiente* al alma humilde en el hablar respetuoso y desconfiado de sí, al casto en el hablar sencillo y apacible, al diligente en el hablar vivo sin precipitación...?

sobre todo, ¿quién no distingue el hablar de la caridad suave, insinuante, franco, expansivo?

Pues bien, las inflexiones que distinguen esos modos de hablar, eso es lo que yo llamo *tono* de la virtud o del vicio.

Fijense

en una palabra cualquiera y profiéranla en distintos tonos. Esos tonos producen variadísimas impresiones.

La palabra del saludo, por ejemplo: Adiós.

Comparad el *adiós* largo, prolongado con las inflexiones del cariño, alegre, risueño, con que se regala al amigo, con el *adiós* breve, apenas pronunciado, y casi dicho más con los ojos, el cuello o el abanico que con los labios, con que se *sale del paso* ante los conocidos con quienes no se quiere trato; fijáos después de comparar esos dos extremos en las distintas inflexiones que dáis a vuestra *voz* correspondientes a la categoría y grado de afecto o de compromiso de la persona que saludáis y os convenceréis de la existencia del *tono*. Es innegable; la virtud, como el vicio, tiene *su tono*.

Y por consiguiente, la virtud no estará *del todo* en un individuo, si no está con *su tono*; y digo más, que da motivos serios de duda la virtud que *habitualmente* no guarda *su tono*.

Es decir, que hay que sacar y cumplir

Un gran propósito

con tres aplicaciones.

El gran propósito; la *igualdad del buen tono*.

Las aplicaciones de esa igualdad.

1.^a *Ante distintas clases de personas.*

Cuenta que no digo igualdad de palabras, sino de tono; porque yo concedo de buen grado que no se va a decir lo *mismo* al amigo que al indiferente o enemigo, al amo que al criado, al ilustrado que al ignorante.

Pero *igualdad de tono* ¿por qué no se ha de conceder a todos?

Si es la caridad el motivo de mi trato con el prójimo, como debe ser siempre entre cristianos, ¿por qué no he de *echar* siempre en mis conversaciones el *tono* de la caridad?

¿Es cristiano reservar este tono sólo para los íntimos o para los poderosos, y echar el *tono* de la sequedad, de la altanería, del desdén, de la superioridad para los inferiores, y para todos aquéllos de quienes ni esperamos, ni tememos nada?

Eso no es cristiano.

¡Dios mío! y ¡hay en esto unas diferencias de *tono* tan irritantes y tan escandalosas!...

2.^a *Ante los distintos acontecimientos.*

Ante el encuentro inesperado de un amigo, una buena noticia, una colocación deseada, el premio gordo de la lotería ¡qué fácil es conservar un *buen tono*!

Pero ante la persona antipática, una *mala partida*, un fracaso, un accidente desgraciado en la salud o en la fortuna, ¿quién es el guapo que conserva el *buen tono* de la paciencia, de la caridad, de la ecuanimidad? ¡Cualquiera!

Y, sin embargo en la conservación de ese *buen tono* es donde se ven los valientes y los cristianos de conciencia.

San Ignacio de Loyola, preguntado por la impresión que le produciría la desaparición instantánea de su gran obra, la Compañía de Jesús, respondió que un *cuarto de hora de oración* después de la terrible noticia alejaría los peligros que a su paz hubiera ofrecido aquella.

San Ignacio, merced a ese esfuerzo de la oración, hubiera conservado su *buen tono*, a pesar de la enorme pena que hubiera partido su corazón.

Igualdad de tono ante los acontecimientos, ¡qué difícil eres!

Y 3.^a Ante los distintos estados de *nervios de uno mismo*. ¿Conocen Vdes. muchas personas que terminen hablando por la noche en el mismo tono con que se levantaron por la mañana o que mantengan su *tono* en tiempo despejado o de nubes, de dolores físicos o de salud perfecta?

O por lo contrario, no los *desentonan* los cambios atmosféricos, el humor, la siesta, cualquier molestia real o fantástica?

Como que en cuanto nos descuidemos, nos des-templamos más que una guitarra.

Y ¡claro! a fuer de *destemplados* ¡sonamos tan mal!

Conque

¿queréis saber por qué muchas personas, a pesar de sus virtudes y excelsitudes no *petan*? ¿Por qué es despegada su conversación, estéril o repulsivo su apostolado antipático y hasta escandaloso su trato?

Porque no se han preocupado del *tono* y andan... *desentonadas*.

¿Habéis visto

lo que pasa con las monedas que no suenan bien?

Aunque se sepa que son de plata de ley, se las mira con prevención y hasta se les clava el diente.

Pues eso pasa con esas virtudes que no *suenan bien*; que se miran con prevención y más que de extenderles la mano y abrirles el corazón de la cristiana sinceridad; dan ganas de *meterles el diente* por temor de que sean falsas y... no *pasen*.

Yo he examinado esa frase de «No se canse V. que todo es inútil» y me he convencido de que el único que la puede decir con TODA VERDAD y con TODA CARIDAD es Dios.

El es el único que conoce el alcance y todo el fruto individual y social, natural y sobrenatural de una buena obra.

II

EL ECO

Lector, aunque el título te haga esperar un artículo armónico-poético en el que salgan a resonar arpegios y cadencias, murmullos de brisas, de fuentes o de cualquiera de esas cosas a las que los poetas levantan el falso testimonio de que *murmuran*, a fe de hombre honrado me anticipo a tu esperanza para decirte que «El eco» va a ser el título de un articulejo tan prosaico y desagradable como útil y jugoso.

Algo de Fonética

Y como preludeo conveniente para la recta inteligencia de lo que sobre el eco voy a decir, no estarán demás algunas leccioncillas baratas sobre el sonido.

Todo sonido, al reflejarse sobre un cuerpo duro, produce una repetición del mismo, que se llama eco.

Nosotros somos dueños de emitir o no un sonido cualquiera; pero, si refleja sobre un cuerpo duro, no podemos impedir su eco.

A veces, por la disposición especial de los cuerpos o superficies sobre que se refleja el sonido, el eco se multiplica.

Los turistas que han visitado Pisa, Nápoles y El Escorial, han podido presenciar ese fenómeno de la multiplicación del eco.

Multiplicado o sin multiplicar, llega un instante en que ese eco se apaga y no vuelve a oirse más. Pero si yo les dijera a ustedes que hay ecos que no se apagan y sonidos que, una vez emitidos, están perpetuamente produciendo eco ¿me creerían?

Pues sí, señores; gracias a los descubrimientos, hace unos pocos *de siglos*, obtenidos por el Catecismo, se ha podido demostrar que hay

Ecos eternos

Así con todas sus letras y con toda la extensión de tan formidable palabra.

¡La eternidad del eco! ¡Qué cuestión tan interesante para filósofos y músicos!

Allá voy con mi filosofía *parda* (que no siempre va a ser la *parda* la gramática) a sacar de su asombro o de su incredulidad a los asustados por esa eternidad que no conocían o en la que no habían echado cuenta.

Acá en la Fonética terrena la intensidad y duración del eco depende de la del sonido que lo produce y de la disposición de los cuerpos sobre que se refleja.

En la Fonética supraterrena que ahora expongo, una sola clase de sonidos produce *eco eterno*.

Los sonidos voluntarios

Aquí ya no se mira que sea una boca de buenas cuerdas o instrumento de delicada afinación los

que emiten el sonido; lo que se atiende es a que éste salga de una voluntad consciente.

Toda *vibración deliberada* de nuestra voluntad produce *eco eterno*.

Esto es, todo pensamiento o deseo que se formula *porque se quiere*, toda palabra que se dice *porque se quiere*, toda obra del hombre que se ejecuta *porque se quiere*, tienen un *eco eterno*.

Yo pronuncio una palabra y, si ésta se refleja sobre el oído de un hombre o sobre el papel de una carta o de un libro, el eco de mi palabra durará lo que dure el recuerdo de la misma en la memoria de aquel hombre o lo que tarde en borrarse la tinta de la carta o del libro.

Pero por muy buena memoria que tenga el hombre que recogió mi palabra y por mucho cuidado que se ponga en conservar el papel aquél, llegará necesariamente un día en que el eco de mi palabra se extinga entre los hombres.

Todavía dura el eco del *eureka* de Arquímedes, del *alea jacta est* de César, del *delenda est Cartago* del senador romano, y ¡cuidado que han pasado ya siglos repercutiendo ese eco! pero ¿no creen Vdes. conmigo que ha de llegar un día en que se olvidarán esas palabras y con ellas se extinguirá su eco?

Pues bien, yo pronuncio, queriendo y dándome cuenta, una palabra y esa palabra se graba como en la placa de un fonógrafo en la mente de Dios.

Y como Dios no tiene memoria, sino que todo lo

tiene presente por toda la eternidad, aquella palabra mía eternamente está repitiéndose delante de Dios.

Los hombres podrán olvidar las palabras y los hechos más célebres y los papeles podrán apolillarse; pero Dios no olvida jamás la palabra que ante El se ha pronunciado una vez, y no digo la palabra, pero ni la obra que se ha ejecutado, ni el pensamiento que se ha concebido.

Ese pensamiento y esa obra y esa palabra están presentes siempre ante El; tienen para El un *eco eterno*.

Y para nosotros

también será eterno ese eco.

Eternamente estaremos recibiendo el fruto bueno o malo, el premio o el castigo de aquellos pensamientos, palabras y obras.

La vida y los gozos del cielo ¿qué otra cosa son que el eco eternamente feliz de los pasos que ha dado por la tierra la gente buena?

Y los horrores y desesperaciones del infierno, ¿qué son sino el eco eternamente desdichado de los malos pasos de la gente mala de la tierra?

El latigazo con que castiga su carne rebelde el penitente y el gemido del alma enamorada de Dios y la oración del cristiano piadoso y la limosna del corazón caritativo y el sufrimiento del alma abnegada, como la blasfemia del impío, y la carcajada del indiferente, y la mirada lujuriosa del impuro y la calumnia del maldiciente, por muy calladas que

se hagan o muy ocultas que se tengan, eternamente están repercutiendo ante Dios, ante el cielo y ante el infierno.

¿Os enteráis?

¿Os enteráis bien vosotros, los murmuradores y asesinos de la honra a espaldas de vuestras víctimas, los mal pensados, los hipócritas, los intrigantes, los de buena cara y palabra y corazón podrido, os enteráis bien todos los que hacéis, habláis y pensáis mal ocultamente?

Os figurábais que el eco de vuestras hazañas quedaba encerrado entre las cuatro paredes del lugar en donde las perpetrábais, y no habíais contado con que en uno de esos rincones estaba colocada la gran *bocina* por donde pasaban vuestros ecos a la *placa* de la eternidad, que eternamente ha de estar repitiendo coma por coma, rasgo por rasgo, cuanto en ella esté grabado.

¿Verdad

que eso de hablar, de pensar y de obrar siempre para la eternidad es una cosa un poquito seria? Tan seria como poco advertida por la mayor parte de los hombres.

¿Verdad que eso de que todo lo que salga de nuestra voluntad *queda archivado* para siempre es una cosa que le debía a uno poner los pelos de punta y hacerlo andar con un compás, midiendo lo que dice, hace y piensa?

Y que no hay escape: tire uno por donde tire, póngase en donde se ponga, la *bocina* de la eternidad ¡allí está con él! dispuesta a sacar a la vergüenza por los siglos de los siglos ante Dios y la humanidad entera todos los trapitos sucios...
¡Vaya chasco pesado!

De modo que

no hay más remedio que imitar a las niñas elegantes cuando se preparan para retratarse; preguntádselo a los pacientes fotógrafos; ¡qué mirarse y remirarse al espejo a ver si aquella sonrisa, si aquella postura, si aquella arruga, si aquella sombra, si aquella mirada, si aquel *chic* es lo *que pega!*
¿Quién *archiva* una cara fea o vulgar?

Pues, amigos,

hay que hacer *cantar* bien a nuestra voluntad, porque ¿quién *archiva* para la eternidad un *eco* feo?

¿Y si en la *placa* aquella tenemos ya grabados muchos sonidos feos?

Hay que procurar desde ahora *emitir sonidos* de llantos de penitencia, de amor al Corazón de Jesús, de oraciones y perdones bien sentidos, de limosnas y obras buenas y de deseos de ser cada vez mejores, que son los únicos *sonidos bonitos* que pueden *apagar* los otros sonidos.

Señores, señores, que hay que *cantar bien* porque si no ese *eco*...



DE MODAS

I

APOSTOLADO DE LA MEDIA VARA

Tengo dos amigos que no pueden hablarse cinco minutos seguidos sin disputar; y ¡vaya si se ponen serios y se acaloran, y levantan los puños cuando van faltando palabras, saliva y razones, y después de todo se quedan sin sacar la consabida luz que dicen sale de la discusión!

El otro día les sorprendí bregando con esta interesante cuestión: Concepto moral de la mujer.

Le digo a Vd., apretaba el más viejo de los contrincantes, que yo soy de los que suscriben con gusto la famosa proposición del célebre sargento Franc: «¿Las mujeres? La mejor no vale uu pitillo» y aquella otra de un sabio amigo mío: «La mujer es el animal más parecido al hombre...»

Hombre, hombre, eso es mucho decir, replicaba todo nervioso el amigo, eso es sencillamente una barbaridad y una grosería tan injusta como falsa. La mujer, esto es, la dulce compañera del hombre, la más fina encarnación de la poesía y del ideal, el ángel suavizador de las asperezas de la vida...

—Sí, sí, todo lo que usted quiera y con V. todos los poetas románticos y melencólicos que han hecho de la mujer una especie de ídolo encantado; pero en frente de todos ustedes, yo aseguro que, sacando de la humanidad femenina un cinco por ciento, no más, de mujeres a las que yo de buen grado concedo todavía más que V. y sus amigos los de la melena, sacando ese cinco por ciento, repito, las demás ¿quiere V. que le diga lo que son? pues *ahá vá*. Son *perchas* en donde se cuelga el sueldo y a veces el honor de los benévolos papás o maridos convertidos en trapos, pieles, flores, alhajas, o baratijas; son *retortas* de químico en donde se combinan y prueban todos los colores y olores inventados y por inventar, son *escaparates* ambulantes de muchas vanidades y mentiras bonitas en los que se podría poner este letrero: *Se venden al más tonto*: son *rompecabezas* perennes: pintándola de guapas, siendo feas, de ricas, siendo fregonas, de quince abriles, siendo de cuarenta noviembres, de graciosas teniendo el ángel de vacaciones perpetuas, etc., etc.; son *payasos*, que pasan la vida divirtiendo a la humanidad masculina con exhibiciones arlequinescas de modas ridículas; son *esclavas*, con aires de reina, de la hebilla de moda, del ceñido de moda, del tacón de moda, del escote de moda, del peinado de moda, de la inmodestia o desvergüenza de moda: son...

—Pero, ¿todavía más? ¿pero le queda todavía bilis contra las pobres mujeres? ¿pero, pero, pero...

—Sí, señor, y más le digo a V.; que cuando yo veo a esas mujeres tan rebosantes de todas esas ficciones y mentiras, dudo, mejor dicho, no creo ni en la fe de ellas, ni en su religiosidad, ni en las cruces y rezos que hacen ante los Santos, ni en las limosnas que dan a los pobres y me resulta una burla sangrienta verlas con los rosarios liados a la muñeca y arrodilladas ante los confesonarios; ¡ellas tan desobedientes a los Confesores, a los Obispos, al mismo Papa en punto a modestia y a esas exageraciones de la moda! y ¡comulgando! amigo mío, ¡comulgando al Jesús sencillo, puro, las pintarraqueadas, las provocativas, las frívolas, las tan llenas del mundo...!

—Pues ¿sabe V. que va escampano y caen chuzos?

—Pues, ¿no han de caer chuzos y hasta rayos?; ¿no cree V. que colma el vaso de la indignación ver al Papa y a los Obispos y a los Sacerdotes y hasta los mismos protestantes del Gobierno inglés clamando contra esos trajes ceñidos y cortos, colmo de la ridiculez y de la inmodestia, y contra tanta extravagancia desvergonzada de la moda y responder las elegantes a esos clamores tan justos, ciñéndose más, desnudándose más y saliendo a la calle como hace 20 años no se hubiera atrevido a salir la mujer más tirada; y ¿qué digo a la calle? metiéndose en la Iglesia y atreviéndose a llegar hasta el mismo altar santo? ¿Qué es esto, Señor, qué es esto?...

a donde hubiere llegado la explosión de nervios de mi amigo, si no se me hubiere ocurrido terciar en la conversación proponiendo un medio práctico para remediar y precaver en algo tanto mal como deploraba y censuraba.

—Todo eso, intercalé yo, o gran parte de eso podría remediarse del modo más sencillo del mundo, con un remedio de mi invención.

Con una media vara

—¡¡¡ !!!

—Sí, señores; con media vara de medir volvería la normalidad al mundo femenino.

—¿Cómo? replica vivamente el más jadeante de mis interlocutores. ¿Rompiendo muchas en las espaldas de esas insensatas?

—No, hombre, no voy tan lejos, ni soy tan cruel. Todo se reduce a que las señoras de aquel cinco por ciento que usted exceptuaba, y que yo me atrevo a aumentar a mayor tanto, se propongan con todo interés practicar el *apostolado de la media vara de... tela* entre sus familias y conocidas.

¿Verdad que el moralista más exigente quedaría satisfecho y la elegancia no estragada no perdería nada con que nuestras distinguidas señoritas echaran *media varita* más a sus vestidos? ¿Que tendrían demasiado vuelo los vestidos con esa media vara?

¡No hay que apurarse! yo me conformaría con que

repartieran la media vara entre el ensanche del vestido y la ampliación por abajo y por arriba. ¡Qué media vara más bien distribuída! (1)

Pues señoras

que aún no habéis perdido el seso, ni caído en las lamentables extravagancias que denunciaba mi amigo ¡a trabajar por la *media vara*!

¡Por compasión a vuestras hermanas de sexo a las que tanto ama el Corazón de Jesús y de quienes tanto espera la Iglesia; por el honor de vuestro sexo, seriamente amenazado con esas modas revolucionarias del pudor, hasta por amor al arte y por ornato público, trabajad por la *media vara* más de tela! ¡A la Cruzada de la modestia cristiana!

El Corazón de Jesús, la Inmaculada, ornamento y decoro de vuestro sexo, la Religión, el pudor, la paz doméstica, las virtudes cristianas, y hasta los mozos casaderos (que van sintiendo recelos inquietantes con estas modas que ponen a sus presuntas medio desnudas en mitad de la calle) os lo agradecerán.

Señoras católicas de verdad ¡paso a la media vara protectora del pudor!

(1) Nota: Alarmado por la incesante disminución de tela y de pudor femenino, he tenido que promulgar el «Apostolado de las dos varas» en mi librito «Apostolados menudos», últimamente publicado. Al paso en que se va aligerando la mujer de una y otro, yo no sé de cuantas varas tendrá que ser el apostolado futuro.

II

LA MONA DEL PARAISO

Y va de cuento

Erase que se era una calle y en la calle una casa y en la casa un hombre que tenía una mona.

Pues, señor, la tal mona con sus monerías era el encanto de todos los chiquillos de la calle. Jamás dama alguna pudo gloriarse de tener a su ventana cortejos tan nutridos y perseverantes de galanes, siquiera éstos fueran tan desprovistos de años como cargados de remiendos y churretes.

Pero ocurría con este oficio de jugar y distraerse con la mona, lo que ocurre con todos los oficios, que tenía sus quiebras, pues a las veces la dama, ofendida con las bromas pesadas de sus galanes, olvidaba sus graciosas monerías y, colándose por entre los hierros de la ventana, no paraba de correr tras sus asustados contertulios hasta saciar sus iras en los ya remendados fondillos o en las cien veces arañadas pantorrillas de los mismos.

Y a tal punto llegaron los arañazos y a tal lástima vinieron los calzones de los vecinillos de su merced la mona, que los padres y madres del barrio se vieron en el caso de presentar una pro-

testa formal y enérgica ante el amo de la mona, contra las alarmas en que ésta tenía constantemente la integridad corporal e indumentaria de sus respectivos hijos.

Dióse en pensar

el amo el modo de remediar tamaño mal y prevenir tales peligros.

Aconsejábanle algunos que matara o vendiera la mona, causa de tantas alarmas y reclamaciones, a lo que él se oponía por el gran afecto que las *monerías* de su mona le habían hecho profesar a ésta.

Entre perplejidades y cavilaciones anduvo nuestro hombre, hasta que una feliz ocurrencia vino a dar solución cumplida al conflicto.

¡Vestir su mona a la moda! Sí, señor, decía él para sus adentros, vistiéndola de falda *entravée* podré seguir viéndola hacer gracias, no pasaré por el trance de atormentarla con una cadena y evitaré el gran peligro de que corra tras los chiquillos. ¡Bendita sea la moda que de mi mona va a hacer una persona decente!

Pero

¿quién le pone los cascabeles al gato? es decir ¿cómo visto yo de seda a mi mona? ¿Cómo le hago yo comprender que le convendría vestirse así?

Nuevas cavilaciones y repetidos ensayos le dieron el procedimiento de imponer la moda a su

mona, el de explotar el instinto de imitación de ésta.

Y ¡qué analogías encontró en este punto nuestro hombre entre su mona y las elegantes adoradoras de la moda!

¿Por qué se lleva ahora el vestido *así* o el sombrero *asao*? ¿porque es más cómodo? ¿más artístico? ¿más barato? ¿más fresco?

No, señores: se lleva así, *porque se lleva así*. ¡Así lo llevan en París y basta! No buscad más razones.

Procedimiento, como véis tan irracional como... *mono*. Y ¡que no estaba el hombre contento con su descubrimiento! Para aplicarlo mandó hacer dos trajes a la más rigurosa moda, uno para una hija suya de pocos años y otro para su mona; después unas leccioncitas a la niña de cómo tenía que vestirse delante de la mona para que ésta la fuera imitando y ¡negocio redondo!

Dicho y hecho

La chiquita haciendo admirablemente su papel de modelo parisién fué poniéndose prenda por prenda el traje a ella destinado al mismo tiempo que su discípula la mona, con recelo primero, con desenfado después, iba poniéndose las prendas junto a ella colocadas.

Cierto que no faltaron equivocaciones por parte de la última en lo de ponerse las prendas al revés o al derecho, hacia arriba o hacia abajo, pero

una prudente repetición de la misma faena por parte de la maestrilla, era bastante para que la discípula rectificara su equivocación.

En donde fueron los apuros grandes fué en la *metedura* de la falda *entravée*; como aquí estaba el *secreto* de la elegancia que buscaba el amo, el modisto había exagerado el ceñido hasta el punto de que nuestra elegante mona no cabía dentro sino con las piernas cruzadas, o mejor, retorcidas como los cabos de una trenza.

Que aquéllo era molestísimo ¿quién lo duda? Pero vaya V. con molestias más o menos a una mona cuando se trata de imitar y de hacer monerías.

Cierto que apenas podría dar un paso y que no podría revolverse ni subirse a la ventana cuando le silbaran sus galanes, pero aquel ruidito de la seda de su falda, y aquel pasito menudo con que ella imitaba el andar de su maestra y de las señoritas elegantes que veía pasar por delante de su ventana y aquel echarse gotitas de esencia de los tarritos del tocador que para ella habían puesto exactamente igual al de su señorita ¡vaya que todo esto bien merecía la pena de sufrir aquellas molestias a las que después de todo ya se iría acostumbrando!

Del amo no digo nada, el hombre no cabía en su pellejo del gozo de su invento y de la gracia que le hacía la vida elegante de su mona y de la retirada de ésta de su profesión de rompe-calzones y araña-pantorrillas.

En su gozo llegaba hasta dudar de la verdad del

conocido refrán: Aunque la mona se vista de seda...
¡Si ya no parecía mona!

Los chiquillos

en cambio estaban tristes, la *moda* les había quitado media vida con privarlos de las diversiones de la mona.

Pero como en esta pícara vida no hay bien ni mal que cien años dure, los chiquillos se dieron en pensar y deliberar todas las noches debajo de la farola de la esquina sobre el modo de librar a la mona de sus entretenimientos de las garras de la moda y restituirla a la sana y amable libertad de la ventana.

Uno más travieso, en calidad de hijo del cacique político, propuso un medio que fué aceptado por el consejo infantil con aplausos, carcajadas y delirio de voces.

Los muchachos, que son siempre partidarios acérrimos de la forma sumarísima en sus juicios, no tardaron cinco minutos en ejecutar su plan.

Escena primera

Uno de la reunión ante el puestecillo de *chucheras* de la calle: Déme V. un cohete de dos perras.
¡De los que truenen más!

Escena segunda

El grupo de los conspiradores ante la ventana de la ex-mona.

Un cohete entre los hierros apuntando al interior

de la sala, un cerillo que se enciende y que se aplica a la negra mecha del cohete, un relámpago, un trueno, un ¡ay!...

Escena tercera

La ex-mona oliendo a chamuscado, vuelta a la vida, con la falda *entravée* convertida en sacudidor, saltando por entre los hierros de la ventana y corriendo detrás de los chiquillos con los bríos de sus mejores tiempos. El amo que acude al estrépito contemplando el cuadro: ¡Vaya si era verdad! «aunque se vista de seda...» ¡siempre mona!

Moraleja

que si no tiene mucha sal, de sobra lleva la pimienta. Pues sabrán ustedes, señores y amigos míos, que uno de los regalitos que nos trajo el padre Adán cuando se metió en tratos con la serpiente del Paraíso fué una *mona*, por cuya razón la llamo *mona del Paraíso*.

Los autores ascéticos la llaman la Pasión dominante. Con esa mona nacemos todos y a medida que crecemos crece ella.

Y, aunque hija del demonio, y por consiguiente, tirando siempre a hacernos caer, hace sus *gracias* o *monerías* con las que nos distraemos y divertimos a otros; pero ¡que no se metan con ella! ¡que no le pisen el rabo, ni la pinchen, ni la humillen! que entonces las *gracias* se convierten en desgracias y las *monerías* en mordeduras y arañazos.

Y ¿qué hacer ante las protestas del Angel de nuestra guarda, de nuestra conciencia, de la voz de Dios, de nuestro sentido común y de nuestro instinto de conservación?

Unos

creen, y yo estoy con ellos, que debe darse muerte a la mona, o si esto no se puede de una vez, porque tiene una vida muy dura, amarrarla en corto con las cadenas de la *vigilancia* y *vencimiento* de sí mismo y la *oración* constante, y cortarle el pienso hasta *matarla de hambre y malos ratos*.

Otros

cautivados por las *gracias* del animalito, no quieren nada de procedimientos violentos contra ella; prefieren afinarla y ceñirla con la seda de las buenas formas, de la piedad improvisada, de los fervores de ocasión de la mojigatería y hasta de la hipocresía, con lo que se hacen la ilusión de que su *mona* se convirtió a mejor vida.

Los *cohetes* de las contrariedades de la vida, de las humillaciones no previstas, de los malos ejemplos de los otros y los estímulos de la propia naturaleza desorientada, tirados de tiempo en tiempo por la *sociedad pirotécnica*. Mundo, Demonio y Carne, se encargan de demostrar que la mona aunque se vista de seda mona se queda.

¿Ejemplos?

a granel los tenéis en las niñas que, sólo por

despecho o contrariedades amorosas, cambian la vida mundana por una vida de piedad, tan subida al parecer como falta de base en realidad, los tenéis en todos esos humildes de boca, celosos por *celos* y no por *celo*, caritativos por egoísmo del bombo y del relumbrón, penitentes por bien parecer, en tanto *disfrazado y disfrazada* de virtud como andan por esos mundos de Dios, empeñados en engañar a los demás, y, si fuera posible, a Dios y a ellos mismos.

Todos esos, unos dándose cuenta, otros, los más, sin dársela, no hacen otra cosa que pasear su *mona* por el mundo entretenidos en ver y en enseñar sus *gracias*.

Y ¡se adaptan tan bien las monas a todos los hábitos, actitudes y papeles!

Y ¡pensar que la mayor parte de los hombres piensa, no con su cabeza, y quiere, no con su corazón, y trabaja y se entusiasma y se sacrifica, no por ellos, sino que todo eso lo hace con y por *su mona!*...

Interminable

me haría exponiendo casos de *monismo* y consideraciones sobre ellos; pero como no quiero terminar con vuestra paciencia, termino aquí diciendo: si lo que hacen los perros se llaman *perreras*, ¿por qué los hombres no tienen empeño en que sus obras se llamen no *monerías* sino *hombradas*?

III

EL GUSANO Y LA MARIPOSA

Y ocurrió

que las mariposas se encelaron de los gusanos porque los vieron vestidos de seda.

Y cátese V. ya una comisioncita de aladas mariposas hendiendo los aires y presentándose delante de S. M. Jupiteriana con las oportunas reclamaciones.

El señor de Júpiter, sorprendido en una hora de buen humor por las caprichosas mensajeras, las oyó con toda benevolencia y se enteró de cómo, según el dictámen mariposil, no era justo, ni equitativo, ni aún bien visto, que ellas, las inspiradoras de poetas y oradores que no sabrían qué decir si no hubiera *mariposas que revolotearan de flor en flor*, ellas, las ilustres perseguidas de los niños, ellas, las buscadas, y estudiadas y guardadas aún después de muertas por naturalistas y decoradores, ellas, las inocentes, las simpáticas, las vistosas, las tornasoladas, las coquetoncillas, las esmaltadas mariposillas (que todo eso dicen de ellas los poetas) se vieran precisadas a cubrir y adornar sus cuerpos con unas alitas de pellejo de cebolla y polvo, que el más leve contacto destruye y disipa,

al paso que los indecentes y asquerosos gusanos se veían cubiertos de rica y brillante seda.

Y ¡venga echar por aquellas boquitas quejas y por aquellos ojillos chispas de indignación y por aquellas alas nubes de cólera contra la pretendida preferencia de los gusanos!

Inútilmente

les hizo ver Júpiter que los gusanos vestidos de seda eran siempre gusanos, que aquella seda era su tumba más que su atavío, que más valían cien meses de gusano vivo encueros, que una semana de gusano preso y abrigado en seda, que ellas con la falda de seda, perderían la agilidad y la gracia que les habían valido tantos cantos de poetas y tantas simpatías de parte de todos, que... y un sin fin de razones muy atinadas capaces de convencer a cualquiera mariposa y no mariposa que no estuviere cegada por la suicida vanidad de los trapos.

Y no hubo más remedio

que acceder.

Júpiter no se sentía inclinado a coartar el derecho de pedir de las mariposas y cerró la audiencia con esta pregunta: ¡Qué! ¿preferís ser mariposas con alas o gusanos de seda?

— ¡La seda! ¡La seda!

Con tal de vestir seda, preferimos ser gusanos; respondieron a una las de la comisión.

¡Concedido! tronó Júpiter con un tono y una cara que parecía decir:

Tú lo quisiste
Fraile Mosten,
Tú lo quisiste,
Tú te lo ten.

.....

Lector, o lectora

vamos a la moraleja de esa larga fábula.

¿Te estás riendo de lo inverosímil de esa petición de las mariposas?

Bien, riéte de las mariposas lo que quieras con tal de que te pongas serio para hacer un poco de meditación.

Yo divido las mujeres en dos grupos: el de los *gusanos* y el de las *mariposas*.

Siempre ha habido *mujeres-gusanos*, es decir, mujeres abyectas que arrastran por el lodo del vicio su cuerpo y su honor y, mientras el espíritu cristiano imperó en las costumbres de los pueblos, esas desgraciadas no tenían más que dos caminos, o el del arrepentimiento del mal vivir o el de su abyección no solamente moral, sino social.

La ley les obligaba hasta vestir traje significativo de su profesión de gusanos para prevenir engaños y seducciones.

Mientras no se arrepintieran, eran tenidas y conocidas como gusanos, de cuyo trato había que huir.

Pero

se entronizó en la sociedad moderna por obra y gracia de las tres potencias coaligadas, mundo, demonio y carne, el espíritu pagano y puso su solio en el Palacio de las Modas de París y los gusanos se sintieron alentados a pedir al nuevo soberano *mejora* de *rango* social. Y mira a los pocos días pasearse ufanos por las calles de la Babilonia moderna a los *gusanos* de siempre, forrados de seda y galas sirviendo de figurines para los nuevos rumbos que a la elegancia femenina venía a dar el espíritu neo-pagano.

Verdad

que al principio en vez de admiración causaban risa, porque todos estaban en el secreto de que detrás de aquellas galas de reinas se ocultaban asquerosos gusanos; pero como la moda venía a imponer el imperio de lo ridículo y de lo absurdo, y a los gusanos les iba muy guapamente con aquellos *elegantes* envoltorios, no había que pensar en aburrimientos ni en cambios de postura.

La moda siguió echando al mercado de la vanidad femenina gusanos y más gusanos de seda dejando sin duda el buen éxito a la fuerza que para gran parte del género humano. y sobre todo femenino, tiene la frase de «*como las demás lo llevan...*»

Y así fué

las *mujeres-mariposas*, es decir, las elegantes de verdad por la gentileza de su aire, la variedad de sus trajes típicos y el atractivo de su pudor, las inspiradoras del arte sano y la poesía buena, las que no se arrastraban sino que volaban por la vida con las alas que les prestaban la delicadeza de su corazón y la pureza de su vida, se dejaron entrar los celos de los gusanos o picar de la frase: «como las demás lo llevan»... más incautas que malas, plegaron sus alas, embadurnaron sus rostros, desfiguraron su belleza y se vistieron como los gusanos... ¡Dios mío! ¿por qué ese empeño de las mariposas en vestirse de gusanos? Cuando veo a aquéllas vestidas como éstos, me pregunto con mucha pena en mi alma: ¿Y cómo podrán esas criaturas aguantar las miradas y las palabras que les dirán tomándolas por gusanos...?

¡Pobres mariposas vestidas a la moda de... los gusanos!

Todos nuestros afanes de la tierra se reducen a ésto: a querer, a tener y a ser querido. ¡Cuánto se trabaja por eso! Y ved qué sin razón: el Corazón de Jesús que vive en el Sagrario de nuestra Iglesia saciaría con creces infinitas esos afanes, con la sola condición de IR a EL y, sin embargo... NO VAMOS.



Un gran seguro

La seguromania

¿Verdad, lector amigo, que no está mal puesto ese nombre al afán, tendencia, práctica, moda, o como quiera llamarse, de crear e inventar *seguros* contra todos los riesgos existentes y por existir, reales o imaginables?

Hay seguro contra la muerte natural y fortuita, contra la enfermedad, contra la mala suerte, contra las malas cosechas, contra la mucha agua, sin perjuicio de que haya otro contra la poca agua, contra las caídas y tropezones, contra los toros, los automóviles, etc., contra los malos gobiernos (¡que ya es asegurar!) y contra todas las cosas malas que abundan por este triste valle de lágrimas.

Parece que una de las cosas que, a fuerza de tanta luz eléctrica y de las otras, va viendo clara la humanidad contemporánea, es que vivimos en un puro riesgo, pendientes de un hilo.

Y ¡claro! contra tanta inseguridad ¿quién no se asegura? y de ahí la lluvia de seguros sobre y contra todas las cosas que están cayendo sobre los alarmados habitantes de la tierra.

No será

el hijo de mi padre quien se meta contra esa *seguroromanía* de la época, aunque no dejo de comprender que el *seguro de los seguros* que quita interés a los demás es el *seguro de vida eterna* que se adquiere mediante el cumplimiento fiel de los Mandamientos de la ley de Dios, y que es inútil que los hombres se *aseguren* tanto contra los riesgos temporales mientras estén empeñados en *irse del seguro* en las cosas que atañen a la salvación eterna de sus almas.

Pero ¡bah! ¿quién se acuerda de estas *añejeces* en presencia de un tema tan flamante como el *seguro*?

Y como

diz que todo se pega, menos lo bonito, a mí se me ha pegado algo de la *seguroromanía* y me siento inventor de un *seguro* que a mí me parece que está haciendo una falta atroz y que está llamado a tener una importancia y transcendencia mundiales! ¡así!

He registrado la lista de todos los seguros inventados hasta el día y no he encontrado nada que se parezca al que en mi mente bulle y que con permiso de vuestra benevolencia voy a exponeros.

Empiezo por advertiros que el riesgo contra el que previene el seguro de mi invención es del

orden moral con ramificaciones, no sólo al orden privado o individual, sino social y religioso.

Y ¡vaya si trae trastornos a todos esos órdenes el mal contra el que va mi *seguro!*

La informalidad

¿Necesitaré yo detenerme en exponer los males de la informalidad, de ese gran mal a la amistad, a la vida mercantil y comercial, a las obras religiosas, a la acción social?

El sinnúmero de nombres con que la informalidad trata de disfrazarse nos da ya mala idea de ella; mala memoria, espíritus distraídos, nerviosidades, genialidades, impresionabilidad, almas soñadoras, corazones impulsivos, influencias del clima, etcétera, etcétera, nombres distintos son de un mismo mal.

Pero lo cierto es que cuando la informalidad se mete con la amistad, la aburre, cuando aparece en el comercio, siembra la desconfianza, cuando da la cara en las asociaciones religiosas o sociales, las pone en peligro de muerte,

Un día

un párroco celoso propone a sus feligreses la fundación de una obra, de una asociación que tenga por fin socorrer necesitados, promover el culto u otra cosa buena.

El prestigio de la palabra y de las virtudes del

párroco, la utilidad de la Obra, la bondad de los frutos que con ella podrán obtenerse, conmueven a los o las oyentes y en pocos días las listas de la nueva Institución aparecen llenas de nombres... ¡qué entusiasmo, qué proyectos tan valientes los de las primeras Juntas! ¡Qué pasar por encima de todas las dificultades, que acometividad para llegar a todas partes, qué impresiones tan optimistas las de todos!

Pero

¡Siempre la *prosa del pero!*

Pero un día uno, otro día otro se dejan picar del gusano de la informalidad y ¡pobre Cura fundador lo que le espera! Un demonio de hielo parece que se ha posado en la sala de Juntas, al calor de los primeros meses ha sucedido un frío que hiela la sangre; el uno o la una por los baños, el otro o la otra por la distancia, unas veces por olvido, otras por ocupaciones, estos por *chismes*, aquéllos por celos... ¡Dios mío qué soledad! y ¡qué tentaciones de desaliento, y qué ratos de amargura para el pobre fundador y los pocos que le han quedado fieles!

¿Verdad

que el mal de la informalidad es un mal muy serio?
¿verdad que merece atacarse con toda formalidad?
Pues ahí va mi proyecto de

Seguro contra la informalidad

que voy a exponer muy brevemente, dejando a la inventiva de los amigos el ampliarlo y aplicarlo como les plazca.

Presento *dos tipos de seguro*.

Uno es el seguro contra la *informalidad propia* y otro contra la *informalidad ajena*.

¡Hay que ponerse en todo!

Primer tipo

o sea, contra nuestra propia informalidad.

Porque vamos a ver (y esto digámoslo muy quedito para que no se enteren los demás) ¿quién es el valiente que no tiene o ha tenido que acusarse alguna vez de ese pecado o de sus hijos y sobrinos, la inconstancia, la inconsecuencia, la irritabilidad, impresionabilidad, debilidad de carácter, la novelería, etc., etc.?

Si hablara el Ángel de nuestra guarda ¿podría tacharnos tantas veces de informales y sobre todo con Dios! ¿quién no ha sido informal con Dios? ¿Y en los buenos propósitos? ¿y en las buenas obras y en la amistad?

Bueno, ¿cómo asegurarnos contra esos riesgos de la informalidad propia?

Sobre tres bases se apoya este *seguro*.

- 1.^a Vale más cumplir poco que prometer mucho.
- 2.^a No es más bueno el que hace más cosas nuevas, aunque sean grandes, sino el que hace mejor las cosas viejas, aunque sean muy chicas.

3.^a Que en igualdad de circunstancias el mejor amigo es el más antiguo, y la mejor obra es la en que lleve uno más tiempo metido.

El cumplimiento de estas tres condiciones da un *seguro* segurísimo contra los riesgos de la informalidad propia.

Segundo tipo

Seguro contra la informalidad ajena.

Bases esenciales de este *seguro*.

1.^a Que el corazón o la obra que quiera asegurarse tenga *muy chica la puerta de entrada y muy amplia la de salida*.

2.^a Que la vitalidad de una obra o de una amistad no depende del *número* de socios o de proyectos o de palabras, sino del *espíritu* y de la *calidad*, de los que en ella intervengan, o sea, que vale más un socio con constancia y buen espíritu de la Obra que un ciento de *bullangueros* sin espíritu.

3.^a Que en toda obra que se haga por Dios, *se gana siempre*, aunque no en el *modo* o en la *medida* que uno esperaba.

4.^a Que como lo bien hecho, aunque sea por gente informal, bien hecho está, no deben dejarse de hacer obras buenas por temor a la informalidad.

¿Y desaparecerá

con esas bases la informalidad?

No, señores, como con el seguro contra la muer-

te, no desaparece ésta, sino que se resarcen de algún modo y se previenen los daños de ella.

Con ese *seguro contra la informalidad* que propongo seguirá habiendo informalidad e informales, aunque en menor número y grado, pero quedará siquiera a las víctimas de ella la compensación de cobrar la prima.

Y sacar *prima* al mal de la *informalidad* ¡creo que es sacar una *primada formal*...!

¡Cuántas veces nos engañamos y disculpamos nuestra inacción con estas palabras: Si yo tuviera...! ¿No sería mejor y más cierto sustituirlas por estas otras: ¡Si yo quisiera!

Un cigarro dado con cariño se agradece más que un duro dado de cualquier manera. ¿Dice eso algo a los que se empeñan en salvar el mundo sólo o principalmente con dinero?

Tres tipos de apostolado popular

Hoy no hablo con todo el mundo, como solemos los periodistas, que, por menos de un pelo, ponemos cátedra *urbis et orbi*, hablo sólo con los católicos y católicas que, no contentos con ser buenos para sí mismos, sienten cierto cosquilleo en su sangre cristiana y ganas de hacer buenos o mejores a otros; hablo a los cristianos con vocación al apostolado, A esos cristianos propagandistas y apóstoles de su fe en la modesta esfera de su familia, de sus amigos, de sus relaciones sociales (y cuenta que yo no tengo por buen cristiano a quien no ejerza de un modo o de otro un sencillo y *extra-oficial* apostolado), a esos cristianos, repito, quiero proponer en estos renglones tres formas o tipos de apostolado, de los cuales son dos vitandos y uno solo es digno de imitarse.

La ley general

de todo apostolado la expresó el gran apóstol San Pablo en aquellas conocidas palabras de *que hay que hacerse todo para todos para ganar a todos para Jesucristo.*

Llorar con el que llora, reír con el que ríe, subir con el que sube, bajar con el que baja, es el medio más eficaz para llegar al corazón de los demás y conquistarlo.

La gran condición del conquistador de corazones, es *la adaptabilidad* de carácter.

¡*La adaptabilidad!* Pero ¿os habéis fijado en lo que significa, y sobre todo, en lo que exige esa palabra?

Porque adaptabilidad no significa debilidad o inconsistencia de carácter, de modo que esté uno al viento que más sople, ni es tampoco *dulzonería* o *romana del diablo* o *vista gorda* para dejar pasar carros y carretas.

Adaptabilidad es darse sin entregarse, es poner en la cara y en el gesto y en la palabra y en la obra lo que naturalmente no se tiene gana de poner; es tirar la red al agua y a uno mismo, si es preciso, sin ahogarse; es tratar a cada cual no por los méritos propios, ni por la simpatía que inspire, ni por las ventajas que traiga, sino sólo por lo que representa; es meterse en el fango, si hace falta, y no mancharse; es enfadarse, si es necesario, y no pecar; es fragar mucha saliva y mucha hiel y poner la cara del que paladea la miel...

¡Vaya si es difícil y hasta heroica la adaptabilidad!

Pero no se olvide: tan necesaria y tan fructuosa como difícil.

Pues a hacerla fácil, dándola a conocer mejor, van los anunciados tres tipos de apostolado.

El apóstol de esponja

Es el primer tipo vitando.

Fulanita, ¿por qué te reunes con tales y tales amigas, que son tan libres de boca y de costumbres? ¿Por qué tienes relaciones con ese muchacho tan libertino y de fe tan dudosa?

Don Fulano, ¿por qué pasea usted tanto y se sienta siempre en el café con Zutano? Mire usted que el que con lobos anda...

No, no, responden en tono muy convencido la Fulanita y el Don Fulano, tratamos con esas personas *para conquistarlas*. ¡Están tan lejos de nosotros, que es menester acercarnos para atraerlos! Hay que hacerles ver que se puede ser cristiano y reirse mucho, y hablar de todo y jugar al billar, y entrar en el café y bailar un poquito y ver el cine y vestir a la moda y...

Hombre o mujer, interrumpo yo, no siga usted enumerando *medios de apostolado*, porque me voy a ver precisado a decirle que eso es hacerse *demasiado todo para todos*, y que de ahí lo que se expone a sacar no es *ganar a todos* para Jesucristo, sino a que usted lo pierda. Ese es el que yo llamo *apóstol de esponja*.

Ir a la propaganda o al apostolado como una *esponja* va al líquido donde se sumerge para *empaparse* toda en él, eso no es lo que mandó San Pablo, ni esa es la *adaptabilidad* de carácter.

¿Verdad que resulta chusco, aparte de otras con-

secuencias, muy serias por cierto, tratar de conquistar un libertino, haciéndose libertino, un indiferente haciéndose indiferente, un disipado disipándose?

¿Verdad que se parecen esas conquistas a los muertos aquellos del poeta que *gozaban de buena salud*?

Y creed que no son pocos ni de poco pelo los ilusionados con el *apostolado de la esponja*; los hay hasta muy *leídos y escritos*.

Sin detenerme a demostrarlo, porque éste no es su sitio, apuntaré que ciertos periodistas y oradores *tiran* algo hacia la esponja.

¡Ni una palabra más!...

El apóstol de cristal

Así, frío, fieso, inflexible, antes roto que doblado, como el cristal, diz que es el otro tipo de apóstol *fanée* o pseudo apóstol.

Como el médico aquel que se ponía los guantes para tomar el pulso a sus enfermos, y se echaba por la mañana en el bolsillo las recetas que tenía que recetar aquel día *pegaran o no*, estos apóstoles se trazan una línea de conducta, adoptan una actitud, se enamoran de un procedimiento, de un gesto, se encaprichan en una sola receta o en una frase con la que creen decir mucho y no dicen nada, y ya pueden venir apuros y situaciones difíciles y clamores de necesidades imprevistas, que el *apóstol* de nuestro cuento no saldrá ni una línea de su paso.

Y no creáis: son buenas personas en muchas cosas, y dicen, que es preciso hacer algo por los demás, y se quejan de las cosas malas del mundo, y hasta se dignan admirar alguna que otra vez a los que descienden a la arena de la lucha; pero ¿qué queréis? como la necesidad aquélla, el necesitado aquél, la situación tal o la desgracia cual no estén catalogadas entre las que aquél señor tiene ya establecido remediar o entre las recetas que se echó en tiempos en el *bolsillo* de su voluntad, no esperéis que aquella alma de cristal se doblegue, se cumbre lo más mínimo.

Y ¡hay tantas almas de cristal para la desgracia moral o material de los prójimos!

Un consejo

Cuando vuestro celo en favor de vuestros hermanos o vuestras propagandas del bien no den obstinadamente fruto, haced un poco de examen de conciencia sobre vuestro apostolado, a ver si encontráis algo de *vidrio* en vuestros procedimientos.

Mirad que es muy fácil cambiar los términos: en vez de nosotros hacernos todo para los otros, pretender que los otros se hagan todo para nosotros...

El apóstol de goma

Ese es el tipo que a mí me gusta para apóstol.

Flexible para encogerse o estirarse cuando las almas que vamos a conquistar así lo pidan, *imper-*

meable, para meterse en agua y no mojarse, en cieno y no enlodarse, *blanda*, para que ni aún *los golpes* la hieran.

Así es la goma, y así debe ser el apóstol cristiano.

Y no se crea que porque la goma no sea *dura* deje de producir efecto; que, así tan blandita como es, sirve para *borrar*...

¡Y tiene tanto que *borrar* un apóstol!

Un inconveniente

de la goma; es que se *derrite* al fuego.

Respondo: que si el fuego es terrestre, maniobre el apóstol *desde lejos* mediante el auxilio de las *tenazas* de la *oración* y *vigilancia cristiana*, y si el fuego es de arriba, entonces... que se *deje derretir*.

¡Le gustan más al Corazón de Jesús esos *apóstoles derretidos!*...

¿No se han fijado Vdes. en que casi siempre los que *MENOS* trabajan en lo suyo son los que *MAS* trabajan en que los demás no trabajen...?

El Apostolado del Aceite

Reios

del título con las ganas que queráis, que con las mismas ganas deseo yo que entréis por entre estos renglones, que os van a descubrir el más interesante, fácil, útil, fecundo y barato de los apostolados que podéis ejercer.

¿En qué consiste ese *Apostolado del aceite*?

¿Cómo y sobre qué se ejerce?

¿En dónde se compra y de dónde mana ese aceite?

Ved aquí, amigos míos, las tres cosas que os quiero decir del singular y extraño apostolado.

¿En qué consiste?

Vosotros sabéis que uno de los usos más corrientes del aceite en la industria es el de *sua-
vizar*.

Dos ruedas engranadas no se *entienden bien*; se les echa una gotita de aceite y *vuelan*; un eje de acero *está perezoso* para girar, su *chorreoncito* de aceite y corre sin protesta; la llave *rechina deses-*

perada contra el moho de la cerradura que la impide circular, una gotita de aceite hace desaparecer la desesperación y el chirrido de protesta.

Y fljáos bien; el aceite produce todas esas facilidades de movimiento sin dar un golpe, sin quemar, sin destruir, sin desnaturalizar los elementos que armoniza; lo consigue sólo con interponerse entre los cuerpos broncos; en donde él se presenta desaparece toda aspereza.

Y ¡qué!

¿le váis viendo ya la punta al apostolado de mi cuento?

¿Presumís ya a donde va a parar ese aceite?

Porque es lo cierto, y vosotros sin duda estaréis conmigo, que hace mucha falta el aceite en el mundo moral.

Más falta que en la industria.

En la vida de familia, en las relaciones sociales y en nosotros mismos, hay muchísimas cosas que *andan mal* o que *rechinan mucho* sólo por falta de aceite suavizador.

Muchas de las que llamamos cuestiones magnas y conflictos formidables, no son ni más ni menos que *problemas de aceite*, que con una gotita de éste a tiempo no hubieran llegado a ser tales cuestiones, y que quizás todavía con una racioncita del mismo, *perseverantemente aplicada*, podrían solucionarse.

De modo que ya sabéis a qué llamo yo *apostolado del aceite*; a un apostolado que se propone

suavizar todo lo que está *bronco* en el mundo moral.

Apostolado tan útil como apropiado a un alma que profesa amor al Corazón de Jesús, de Quien dice la Santa Escritura que, sin menoscabo de la precisión y fortaleza con que llega siempre a su fin, lo *dispone todo suavemente*.

Un buen punto, ciertamente, sería de estudio y de meditación, la *suavidad* que respiran la vida de Jesús, tanto la moral como la eucarística, las páginas de su Evangelio y la acción de su amor en el gobierno de las almas y de los pueblos.

Yo creo que nos entretenemos mucho en admirar su poder, su grandeza y hasta su amor, y nos fijamos poco en la *suavidad* con que manifiesta y despliega todos esos atributos.

Perdón por la digresión y paso al segundo punto propuesto.

¿Cómo y en qué?

Hermano o hermana, vamos a ver, ¿quiere usted ser *apóstol del aceite*?

Pues empiece por emplear ese *aceite* en sí mismo.

¿No cree usted que a esos *ojos* de mirar duro para con los que le molestan, a veces en nonadas, o desdeñosos para con los inferiores o con los que no le son simpáticos, les vendrían bien unas *gotitas* de *aceite*?

¿No cree usted que a esa *boca* tan *áspera* hasta

para hablar de cosas buenas, no le vendrían mal un poquito de aceite?

Y ¿a aquellos *modales* tan *descompuestos* y a aquellas *maneras* tan *agrias*, no les haría bien la gotita consabida?

Y ¿a esos *juicios* tan *severos* y a esos *criterios* tan *mohosos* y a esos *sentimientos vivos* y *resentimientos* tan *enconados* no les harían un gran bien un *roción* de aceite? Y ¿a vuestra piedad, de ordinario *tan seca* con Padre Dios, no le haría falta un poquito de aceite?

Y, sobre todo, a los *nervios*, a esos nervios ordinariamente tan *de punta*, tan *tirantes*, tan *vidriosos*... ¿no les vendría *archibien* la *alcuza*?

Ungido ya

el novel apóstol con el aceite de la suavidad, que se disponga, *alcuza* en ristre, a plantar su apostolado en su familia.

¡La Alcuza familiar!

Si no lo tomárais a broma, yo os diría que la *alcuza* es la gran institución del hogar. ¡Qué falta hace en la mayor parte de nuestros hogares!

Id analizando las causas del malestar que el marido siente contra su mujer y ésta contra aquél y los dos contra los hijos y éstos contra aquéllos y entre sí y os convenceréis de que todo el problema de aquella casa no es ni más ni menos que el problema de la llave en la cerradura mohosa; como en ésta rechina la llave por falta de aceite, allí

rechinan los dientes y los nervios y la ira por falta de *aceite*...

¡Cuánto bien podría hacer en aquella casa una hija o una esposa piadosa que empuñara la alcuza desde la mañana hasta la noche y con perseverante discreción fuera echando gotitas del precioso líquido en la cara avinagrada del padre o del esposo, en el caprichillo atravesado de la madre, en la rabieta infundada del hijo o del hermano, en los repentes desagradables de los criados, en las desatenciones de unos y de otros, en las heridas abiertas por el dolor y en todo lo áspero que trate de atravesar los umbrales de aquella casa!

Dichosas las familias que puedan añadir a su escudo de armas una alcuza pendiente de unos dedos piadosos!

Y por el mundo

fuera del hogar ¡cuántas aplicaciones tiene el aceite! En las relaciones de amistad, en el trato social, en el ejercicio de las Obras de Misericordia, en la comunicación con superiores, iguales e inferiores, hasta para viajar en tranvía o en tren ¡cuánta falta hace manejar la alcuza de la *suavidad*! y ¡cuánto se echa de menos por todas partes!

La cuestión llamada por antonomasia social, ¿no es cuestión de *falta de aceite* entre las dos ruedas engranadas, el capital y el trabajo sobre las que tiene que asentarse y moverse toda sociedad?

El olivar

Sí, señores, ya es justo que sacie la curiosidad que la lectura de estos renglones os va despertando por conocer el *olivar* de donde sale ese aceite mágico.

Prevengo

ante todo a mis lectores contra ciertas falsificaciones del precioso aceite que corren por el mercado, cubiertas con la marca del legítimo.

¡Mucho cuidado con los aceites formados con los siguientes elementos; *miramientos sociales, gorronería, modus vivendi, adulación, cuquería, servilismo, dulzonerías cursis o galantes, sonrisas estudiadas ante el espejo, aguas mansas y fondos turbios* y otros de menor cuantía!

Este no es el aceite de mi apostolado. Aunque lleve esta marca, su nombre verdadero y legítimo es éste: *hipocresía*.

Que es precisamente el apostolado del demonio.

El *olivar* repito, que da el aceite legítimo es el que os estáis ya figurando ¡ese!

¡El Corazón de Jesús!

De El fluyen los *tres ingredientes* que componen nuestro aceite, a saber: *conocimiento y vencimiento propios y amor recto y puro al prójimo por El*.

Estos tres ingredientes se agitan y se mezclan y dan un aceite que ¡hasta ahí!...

¿Os gusta

el apostolado del aceite? ¿Sí?

Pues, ¡alcuza en mano y ya sabéis en dónde se llena y sobre quiénes debe vaciarse!

Creo que una de las cosas que más injustamente repartimos los hombres es la Indignación; para las culpas de los demás, muchas veces imaginarias, y por las que no nos han ni de castigar ni de pedir cuenta, tenemos la indignación a borbotones; y para las culpas propias... ¿Conocen ustedes a muchos sinceramente indignados contra ellos mismos?

«No se canse usted que todo es inútil.» ¿Quién podría contar el número de brazos que se han cruzado, de entusiasmos que se han apagado, de obras que se han dejado de hacer por ese consejo amistoso dado con aire de compasión caritativa?

De Acción Social Católica

:: UNA COSA QUE

ECHO DE MENOS

Constantemente están llegando a mi mesa papeles y periódicos con discursos, artículos, informaciones y proyectos de Acción Social Católica. Ni que decir tiene que, dada mi afición por esta rama de la Acción Católica, mis ojos se van detrás de los letreros que anuncian esas cosas y que leo con interés lo que detrás de ellos viene.

Y, como a los que andamos en achaques de prensa, nos gusta echar a los cuatro vientos nuestras impresiones por si topan con alguno que les interese, voy a permitirme echar al papel las que me producen muchos de esos papeles que leo sobre acción social.

Y, digo impresiones, y digo mal, porque en realidad es una sola la que quiero dar a conocer y ésta

de tristeza.

Sí, de mucha tristeza, porque echo de menos en mucho de eso algo que no debía faltar, algo tan

esencial por una parte y tan evidente y fácil por otra, que no acierto cómo no reparan en esa falta.

Perdónenme los amigos si lo que voy a decir, más que impresiones, son crudezas; pero yo creo que deben decirse, para enmienda y rectificación de los bien intencionados y aliento y confirmación de los bien enderezados.

Y, sin más preámbulos, allá va lo que echo de menos.

1.º Que se habla mucho de lo que hay que *dar*, y se habla muy poco de lo que hay que *hacer*.

Y 2.º Que se habla mucho de lo que *hizo* Cristo *allá* en el Evangelio y se habla poco de lo que *hace* hoy y *está dispuesto a hacer* siempre *acá* en el Sagrario.

Explicaciones

Se dice mucho: al pueblo hay que *darle* pan bueno y barato, casa higiénica y a buen precio, sindicatos y cajas que lo defiendan contra la usura... Y está bien que se diga eso.

Y después se dice: *pero* para todo eso hace falta dinero, mucho dinero, y que los ricos cristianos metan el hombro y el bolsillo, porque si no las obras morirán de anemia y el socialismo se llevará al pueblo, porque le dará más que nosotros, y el cataclismo social vendrá velozmente y... eche usted horrores!

Pues verán ustedes; en esas pocas palabras que he transcrito y que ustedes como yo estarán hartos

de oír y hasta quizás de aplaudir, hay unas cuantas

medias verdades

que extravían más que unas cuantas docenas de embustes.

«Hace falta dinero»: es verdad, pero no *solo*, ni *principalmente*.

Luego, si los ricos cristianos no dan dinero, la Obra se muere por anemia: niego la consecuencia.

«Y el socialismo se llevará al pueblo, porque le dará más que nosotros.» Yo invito a esos oradores y escritores a que demuestren que los Apóstoles conquistaron al pueblo y al mundo *dándoles* dinero o cosas que se compraran con dinero, y a que demuestren que el pueblo se va *siempre* con quien le da más dinero o cosa que lo valga.

No, señores, el pueblo se va detrás, no de quien le *da más*, sino de quien *hace* más por él.

Los Apóstoles se ganaron el pueblo, no porque les dieran oro ni plata, que no tenían, sino porque *hicieron* por él más que nadie.

El socialismo se lleva gente tras de sí, porque *hace*, o *hace* que *hace* por el pueblo.

Que presente el socialista la lista de dineros que ha hecho pasar de las manos de los ricos a las de los pobres. Su cifra total sería verdaderamente ridícula en comparación de la que expresara la que los ricos católicos han dado a los pobres.

Se puede asegurar que una y otra cifra están en la proporción de uno a mil, y, mejor quizás, de uno a un millón ¡sin exagerar!

Por cada peseta de rico que el socialismo haya hecho llegar a manos del pobre ha hecho llegar el catolicismo un millón.

Y, sin embargo,

las masas tienden al campo socialista.

Yo sé que esa tendencia se explica y se fomenta en gran parte porque el socialismo da a sus secueces lo que el catolicismo no da, ni puede dar nunca, que es la rienda suelta a las pasiones y apetitos; pero al fin y al cabo, eso no lo explica todo, porque la misma razón valdría para que el pueblo se hiciera budista, protestante, fetichista y demás familia libre.

¿Por qué el pueblo siente simpatías por el socialismo?

Lo digo otra vez: porque hay *acción socialista*, esto es, hay quien se mueva, hable, grite, amenace, proyecte, escriba, viaje, pelee, trabaje *en socialista*.

La *acción socialista* hace socialista.

Pues esto que es tan evidente, y para cristianos tan probado y experimentado, no acaba de entrar en la cabeza, ni en el corazón, ni en los discursos, ni en los escritos de muchos de los nuestros.

Y se enardece a las masas, clamando contra el egoísmo de los ricos cristianos, o se las entristece

pintándoles el cuadro de horrores que sobrevienen o de bienes que no pueden conseguirse por la falta de dinero, y después de haber echado al aire esos clamores y esas quejas, se quedan *con sus brazos cruzados* esperando que venga el ansiado e imprescindible oro de los ricos para empezar a trabajar.

Yo conozco mucha gente en perpetua situación de *reserva*, convencidísima de que, mientras no haya dinero, no se puede hacer nada.

Y yo les digo

Amigos, estáis en un gran error, hacéis mal en *esperar sentados*; lo bueno sería *esperar andando* cada cual por su camino.

El pueblo de ordinario no viene *atraído* por el mendrugo o la moneda, sino *empujado* por la *acción*.

El que más *haga*, lo *empujará* más.

Y la acción ni siempre, ni principalmente, es dar o gastar dinero; la *acción es... hacer*.

La acción católica es pensar, sentir, hablar, portarse. trabajar, escribir, dar dinero, tratar con Dios y con los hombres *en católico*.

Lo que hace falta para que el pueblo sea o vuelva a ser católico, más que el dinero, es que cada cual que se quiera llamar católico, obre como tal *siempre y en todas partes*.

Yo estoy seguro de que cuando inundemos el mundo de pensamientos católicos, de palabras cató-

licas y de obras católicas, el mundo se sentirá empujado hacia el catolicismo con violencia irresistible. ¡Ay del día en que el mundo se viera inundado con un diluvio universal de justicia, pureza, humildad, paciencia y caridad cristianas!

Eso quisiera yo que se sacara como consecuencia de esos discursos y de esos artículos, que ofrecerían, entre otras, dos ventajas; la de que podría ser practicada por todos y la de que con esa práctica se harían unos sindicatos, y cajas, y obras sociales de una vida y de una fecundidad maravillosas.

¡Ah! ¡Y ya veríais llegar el dinero! ¡A esportones!

Acabaré otro día.

OTRA COSA QUE

ECHO DE MENOS

Dije

en mi artículo anterior que en muchos de los papeles que sobre Acción social católica llegan constantemente a mi poder, echo de menos:

1.º Que se habla mucho de lo que hay que *dar*, y se habla muy poco de lo que hay que *hacer*.

Y como ya dejo explicado ese punto, paso a lo 2.º, que echo de menos: Que se habla mucho de lo que *hizo* Cristo *allá* en el Evangelio, y se habla

poco de lo que *hace* hoy y está *dispuesto* a *hacer* siempre *acá* en el Sagrario.

No sé

cómo encarecería yo la importancia de ese punto, y cómo llamaría la atención de todos los hombres de obras sobre lo que eso significa.

Firmemente creo y sinceramente digo que la debilidad y anemia que padecen muchas de las obras cristianas provienen de que los hombres que en ellas andan no cuentan con Cristo.

Sí, señores; yo siento mucha pena en decir que Ntro. Señor Jesucristo está desconocido y descontado por muchos cristianos que pasan por buenos y hasta por personas a El consagradas, pero debo decirlo, porque espero más bien de declararlo que de callarlo.

Yo oigo a muchos propagandistas, meritísimos luchadores, que constantemente hablan de un Jesucristo *histórico* que *hizo* milagros de poder y de sabiduría sobre las tempestades, los muertos y los poderosos y sobre muchos hombres y hechos de la historia; pero tales trazas se dan en la pintura de Jesucristo, que, después de arrancar largos aplausos para El, dejan en el ánimo de los oyentes una especie de persuasión de que aquéllo *pasó así* porque estaba allí Jesucristo, y que *ahora no puede* ser así, porque Jesucristo voló al cielo, no está ya aquí.

Ya sé yo

que esto no se dice ni se escribe, pero convido a un examen de conciencia a muchos oyentes y lectores de propagandas católicas y que me digan, después de bien hecho, si de esas reuniones y lecturas han *sacado ganas de Sagrario*.

Y yo digo sin miedo a ser desmentido: que entusiasmo por Jesucristo que no lleve al Sagrario, es un entusiasmo por lo menos sospechoso.

Tan sospechoso como sería el entusiasmo del que aplaudiera la templanza y luego se embriagara.

Hace tiempo lo vengo observando.

Ese entusiasmo por Jesucristo que no lleva a comulgar, se parece mucho al entusiasmo que se siente por un héroe de la historia, por un sabio, por un conquistador, por un gran hombre todo lo grande, hermoso y bienhechor que queráis, pero que ya se ha muerto.

Un ejemplo

Suponed que por una serie de combinaciones fantásticas, después de oír un discurso sobre Colón y su obra colosal del descubrimiento de América, un discurso caluroso, vibrante, que os ha hecho rebosar el entusiasmo, os enterárais de que muy cerca del lugar del discurso se ha presentado Colón, real y verdadero, decidme: ¿debería creer yo en el entusiasmo que os levantó el discurso, si os viera volver las espaldas y marchar tranqui-

lamente a vuestras casas, sin dignaros visitar al aparecido Colón?

Pues, amigos,

el Colón de esos discursos y escritos que tanto os entusiasman, no tiene que aparecerse, porque no se ha ido; está aquí, en cada Sagrario, tan bueno, tan poderoso, tan grande, tan humilde, tan Jesucristo como *allá* en el Evangelio.

Y, o la lógica no es lógica, o esos aplausos y admiraciones para *Aquel* Jesucristo de *entonces* no pegan con esa indiferencia, ese pasar de largo, ese no comulgar, ese no visitar ni hablar a *este* Jesucristo, ese mirar al Stmo. Sacramento, como una cosa muy respetable sí, pero con la que no hay que contar prácticamente para la acción social.

Escritores y oradores sociales, que no hay dos Jesucristos, sino uno, y ese gozando de muy buena salud en nuestros Sagramos, que no hay dos vidas cristianas, sino una y ésta no debe ni puede alimentarse sino del Pan del Sagrario; que no hay dos principios sobrenaturales, sino uno y ese es el Corazón de Jesús vivo y real en el Sagrario.

Alguien

ha dicho de mis escritos y conferencias que *exijo* a los propagandistas y hombres de acción *la santidad*, y que siempre me muevo sobre ese supuesto, más ideal que real.

Y creo que dicen eso de mí, porque hablo mucho

de abnegación, de fe y de confianza sin límites en el Corazón de Jesús, y, sobre todo, porque pretendo hacer de los hombres de acción, hombres contemplativos.

¡Hombres contemplativos! ¡Santos! ¡Ojalá lo fueran todos nuestros hombres de acción, que ya les diría yo lo que iba a llover sobre la tierra!

Pero yo, que aspiro a eso en los otros y en mí, no lo exijo; lo que sí exijo, porque creo firmemente que es de justicia estricta, es que los hombres que trabajen por Cristo y para su gloria, trabajen con Cristo.

¿Qué menos, digo, se puede pedir?

Y trabajar *con* Cristo es ir mucho al Sagrario, para preguntar al *Maestro* que está allí, para hacerse fuerte con la mirada del *Capitán* que está allí, para disipar tinieblas y dudas con la *Luz* que está allí, para reparar pérdidas y cobrar alientos con el *Dan* que está allí, y para transformarse en valiente, en héroe, en loco, que todo es preciso a veces, con el *Amor del Corazón* que está allí.

Si a eso se llama exigir imposibles, pedir santidad, poner la puntería en donde muy pocos pueden llegar, entonces pediría permiso para dar mi último consejo, que sería éste: «Si lo bueno que esperamos, si lo que ha de traer el reinado de la Justicia y de la Caridad sobre esta sociedad pagana, no lo hemos de sacar del Sagrario, esperad sentados, propagandistas y hombres de acción, esperad sentados...»

La Caridad en Automóvil

Quizás

alguien al leer ese título se vea venir en pos de él un cuentecillo más o menos modernista en el que se narre alguna obra de caridad practicada en o con el auxilio del modernísimo automóvil.

Pues advierto a quien tal haya pensado que no voy por el camino de los cuentos sino por el de una realidad tan real por lo menos como amarga y digna de ser conocida y meditada.

Fué el caso

que días atrás visité en una ciudad, populosa y clásica por su generosidad para con los pobres y el culto del Señor, una Casa de Hermanitas de los Pobres.

Después de recorrer las amplias, alegres y limpias dependencias de la misma y de expresar mi admiración y agrado por tanto bueno como había visto y sentido en aquella casa, milagro diario de pobreza limpia, de vejez alegre y de Providencia

amorosa de Padre Dios, pregunto a la Hermanita acompañante:

—Y qué ¿pasan Vdes. muchos apuros para sostener la casa? ¿Tienen Vdes. muchas deudas?

—Ya V. sabe, me responde, que en nuestras casas se tienen siempre descontados los apuros de dinero: contamos con la Providencia de Nuestro Señor, que no falta nunca, y al fin y al cabo nos saca de todos los apuros.

Bien, insistí yo; pero supongo que una Obra como ésta de resultados tan positivos y evidentes, tan a propósito para mover la compasión hasta de los más descreídos, tan delicada como provechosamente dirigida por las admirables Hermanitas, supongo yo, repito, que esta Obra pasará pocos apuros, porque para ella se abrirán con facilidad los bolsillos de los ricos. Y por añadidura en esta tierra que siempre ha sido la tierra de la largueza y del rumbo.

La Hermanita, mirándome entre sonriente y triste, exclama: Sí, señor; así era, así pasaba antes, hasta hace poco: pero ahora, en estos últimos años, las manos y los bolsillos se abren menos y con más dificultad, no pocas casas de bienhechores han rebajado su limosna, los donativos espontáneos y anónimos, que otras veces nos han sacado de tantos apuros, son muy raros, y hasta las buenas caras con que en muchas casas acompañaban la limosna que nos daban, parece que se han trocado en caras que quieren decir; váyanse pronto y

vengan menos... Y mientras tanto las necesidades de nuestra casa son las mismas, nuestros ancianos los mismos, y si cabe en mayor número porque por ahí fuera aumenta cada vez más el número de los desgraciados.

—Y, ¿no han dado Vdes. con la causa de ese enfriamiento de la caridad?

Sí, señor; aparte de las causas generales que, como V. sabe, son la debilitación de fe viva y la paganización de las costumbres en todas las clases sociales, hemos podido vislumbrar otra causa particular que aquí en esta ciudad ha determinado, o influido al menos, en el enfriamiento de la caridad para con nuestra casa y para con las demás que viven de la caridad privada.

Quizás le extrañe a V. esta observación que nos han dado hecha algunos criados de esas casas en donde la caridad está en baja.

Hermanita, nos han dicho con aire de tristeza al anunciarnos que el señor o la señora habían dado orden de rebajarnos o suprimirnos del todo la limosna; hermanita, desde que en esta casa entró el automóvil, parece que ha huído de ella la caridad.

¡El automóvil! exclamé yo lleno de extrañeza ante aquella salida.

—Sí, continuó la hermanita: sí, desde que nuestro amo compró el automóvil, todo se vuelve hacer economías; en la comida de los criados, en la limosna de los pobres y en lo que se daba para la parroquia, y para la prensa católica; eso nos han

dicho en no pocas casas; y, tenga de cierto lo que tenga, se está observando que en esta ciudad están en proporción inversa el registro de contribuciones por automóviles y el registro de la caridad. ¡A más automóviles, menos caridad!

Puse término

a mi visita con los comentarios que la observación de los filósofos de escalera abajo me arrancó y he seguido ahondando después en lo que significa y entraña.

¡Vaya si hay filosofía en eso!

¡A más automóviles, menos caridad!

Estas columnillas son muy chicas para contener todo lo que esa frase, fórmula exacta de los estragos del lujo, levanta en mi cabeza y en mi corazón.

Yo me limito a presentarla a los que lo usan o andan en pretensiones de usarlo, para que hagan de ella tema de un examen de conciencia o de un rato de meditación...

Señores y señoras que pasáis por la vida montados sobre las alas del viento, detenéos un poquito en responder para vuestros adentros a estas preguntas:

¿Os ha regalado

el Señor bienes de fortuna en abundancia para que os permitáis disfrutar de ese adelanto moderno, sin que se resienta ninguna atención de justicia o de caridad?

¿Sí? Pues sea enhorabuena que con vosotros no tengo que meterme para nada, si no es para advertiros que, sirviendo el auto para ir de prisa los que de ordinario no tienen que hacer nada, no corráis demasiado, que os arriesgáis a faltar al quinto Mandamiento que veda matar y matarse.

¿Os empuja

a usar automóvil no lo desahogado de vuestra fortuna ni la prisa de vuestros quehaceres sino sólo o principalmente la *alternancia* con los que lo llevan porque pueden llevarlo?

Pues permitidme que os llame la atención sobre lo que os va a costar ese lujo.

He tomado datos de lo que representa para una casa el lujo del automóvil con su séquito de composuras, mecánico, reformas, confort, y la agravante de que uno solo no basta para campo y paseo, y puedo asegurar que más que con gasolina se alimentará vuestro automóvil con las lágrimas que enjugaba vuestra caridad, con el bienestar que os traía vuestra fortuna, con la paz de vuestra casa y el prestigio de vuestro nombre.

¡Buen motor! ¿Verdad?

Empujado

por él, se podrá sentar por un poco de tiempo plaza de elegante, pero me temo mucho que explote y dé con vuestras elegancias en un ridículo fracaso y,

lo que es más triste, con vuestra alma en un desastre eterno.

Porque, señores y señoras de esa clase de automóviles, ¿sabéis acaso lo que le disgustará al Corazón de Jesús el que la caridad que tanto trabajito le costó traer al mundo se la conviertan en gasolina de automóvil de lujo?...

Muchas veces esta frase: ¡Estoy tan cansado..., podría completarse con esta otra: De no hacer nada...!

No hay cosa que más canse que el descanso exagerado.

Contra los Herodes del día

MI PROYECTO DE PROTESTA

¡Bien

han llovido protestas contra el malhadado proyecto de suprimir el carácter obligatorio para *todos* los niños de las escuelas nacionales españolas de la enseñanza del Catecismo!

Desde mi rincón de Huelva he estado viendo desfilar cartas, telegramas, visitas de comisiones, mítines, artículos periodísticos, hojas de firmas, mensajes colectivos y todas las formas que reconoce la legalidad vigente para pedir y para manifestar la voluntad de los ciudadanos a los altos poderes; y, mientras veía ese brillante desfile de entusiasmos valerosos, de quejas de grandes amores heridos o amenazados, de gallardas lecciones de verdad, de justicia y de buen gobierno, he gozado, he vibrado de entusiasmo porque mi Patria no estaba muerta para la Fe católica, como pregonan a diario los enemigos de una y otra, sino viva y muy viva y con una sensibilidad muy exquisita y un olfato muy fino para sentir y presentir dolores

verdaderos disfrazados a veces bajo los halagos fingidos.

Sí, señores; la protesta de la España católica contra los *salteadores de la Fe* de sus hijos ha estado hermosa, edificante, digna y seguramente fecunda, que siempre lo son el valor y la abnegación.

Pero

me he dicho muchas veces, y creo que conmigo lo dicen centenares de miles de españoles, pero ¿conseguirán estas protestas hacer fracasar el intento del Gobierno secularizador? ¿Terminará esta contienda por el triunfo de los católicos, que son los más, o por el triunfo de los judíos, masones y anarquistas, que son, después de todo, los que se han mostrado parte contraria en este pleito?, y ¿alcanzará la protesta católica la revocación del Real Decreto por el que se trata de echar la zancadilla a la Ley y a la Fe? Estas o parecidas preguntas nos hacemos hoy todos los que, acostumbrados a ver caídos Gobiernos y situaciones políticas por un triste suelto de periódico, por la broma intencionada de un diputado travieso, no acabamos de explicarnos tanto tesón en sostener un proyecto de *reforma mínima*, como dicen, y en sostener un Gobierno que tan abiertamente se pone en contra de la parte mayor y más sana de la Nación.

La verdad es que no estamos acostumbrados a este tesón en las alturas.

¿La causa?

Los bien informados apuntan algunas, y por cierto no desprovistas de verosimilitud. Al objeto que persigo en este artículo no importa el estudio de esas causas; sólo me interesa hacer constar este hecho; que la impiedad, llámese judaísmo, masonería, revolución mansa o fiera hace hoy por hoy cuestión de gabinete *la guerra al Catecismo*.

Ahí, en ese libro pequeñito por su tamaño e inmenso por su contenido, ante el que han pasado cientos de generaciones descubiertas, y agradecidas, y en ese niño inocente que liba en sus hojas la rica miel de la educación sólida y buena, están hoy reconcentrados los odios y los ataques de la impiedad.

¡Guerra al alma de los niños! Ese es su grito y ese es su lema.

Y son tantos los hechos y los dichos de sus hombres que demuestran esto, que me parece inútil insistir en confirmarlo.

La situación

de nuestros adversarios con respecto a nosotros es ésta:

Frente al grito dulce y enérgico dado por Nuestro Señor Jesucristo de «Dejad que los niños se acerquen a mí,» ellos no cesan de gritar por medio de sus periódicos, discursos, mítines, instituciones libres de enseñanza, escuelas laicas o neutras,

reformas de Catecismo voluntario, etc., etc. «Hay que impedir a toda costa que los niños se acerquen a Cristo; que no conozcan ni su nombre siquiera.»

¿Y nuestra situación

cuál debe ser?

Ahí va precisamente mi artículo, y mi propuesta a todo el que tenga paciencia de leerme y tenga sangre cristiana en sus venas.

Me escribía el otro día un amigo, que no tiene un pelo de tonto:

«A mí no me gusta que el demonio esté callado, porque me parece que entonces está contento; me gusta que chille, porque entonces estoy cierto de que está disgustado, de que algo le duele.»

De modo, amigos míos, que de todas estas contiendas por y contra el Catecismo, sacamos en limpio que hoy por hoy lo que más le duele al demonio en España, es el Catecismo: esto es, que padece una *catecismiti aguda fulminante...*

¿El remedio?

El consabido del refrán.

«Al que no quiere caldo, tres tazas...»

Y ese es mi proyecto de protesta: propinarle al demonio y a toda su real familia, llenas del *caldo* de la Doctrina Cristiana todas las tazas habidas y por haber.

Para mí

toda esta infelicísima campaña de Romanones contra el Catecismo no es ni más ni menos que los síntomas de la gran *indigestión* de Catecismo que está padeciendo el demonio como resultado de esa brillante campaña que dirigida por el Papa, vienen sosteniendo los Prelados y Párrocos y Religiosos y buenos católicos de catequización del pueblo, por medio de doctrinas, escuelas, patronatos de adultos, conferencias, etc., etc.

Luego

hay que apretar ahí. Bien están las protestas escritas y habladas contra el decreto, muy bien está eso, y, mientras más se chille, mejor, que en estas democracias de pamema que padecemos, el que más grite, más saca; pero me parece que ha de ser más fecunda ésta; que a *más gritos de nuestros enemigos contra el Catecismo opongamos más trabajo nuestro por enseñarlo.*

Es una proposición que no necesita demostrarse.

Mientras más Catecismo enseñemos, habrá más y mejores cristianos, y mientras más y mejores cristianos haya, más y más valientes ciudadanos habrá que se opongan a los planes laicos y secularizadores de éste y de todos los Gobiernos españoles reñidos con la Historia de España.

1.º Trabajando *todos y cada uno* en esa propaganda del Catecismo.

Leedlo bien: *todos y cada uno*.

Es muy cómodo y frecuente decir: Hay que enseñar Catecismo al pueblo; y es menos cómodo, y menos frecuente aún, *ponerse* a enseñar el Catecismo.

Y conste que *todos podemos y debemos* enseñar el Catecismo, aunque no del mismo modo.

Y conste también que si un poco de Doctrina enseñada por mí a una sola persona es bien poca cosa comparada con la masa general de adoctrinados, no puede haber *masa general* de adoctrinados, si no hay muchos pocos de aquéllos.

Y 2.º Descendiendo más a pormenores.

Podemos redoblar y centuplicar nuestra propaganda del Catecismo: 1.º, si los Párrocos no dejamos de ir o mandamos a nuestros Coadjutores, una vez *a la semana* a las Escuelas nacionales a enseñar doctrina; 2.º, si los Sacerdotes y seglares piadosos ayudan *personalmente* a los Párrocos en la Obra del *Catecismo Parroquial*; 3.º si las señoras católicas dedican *diez minutos diarios* a enseñar la doctrina a sus criados; 4.º, si cada Hija de María, cada *María* de los Sagrarios-Calvarios se dedican a dar lección de doctrina a un solo niño pobre de su calle o de su casa; 5.º, si fomentamos todos la divulgación de hojas de propaganda

catequística; 6.º, y esto es eficacísimo y al alcance de todos, si conservamos o renovamos las costumbres cristianas españolas, de poner cruz al frente de nuestros escritos, de saludar con el «vaya V. con Dios», «Dios guarde a V.» «Ave María», etc., de usar frases cristianas, desterrando las paganas modernas, para felicitar, dar pésames, etc.; estas costumbres cristianas son el Catecismo practicado y connaturalizado, son como la quinta esencia del Catecismo digerido y asimilado: 7.º, contribuir aunque sea con cinco céntimos a la creación y sostenimiento de escuelas netamente católicas: 8.º, ayudar con cariño y con generosidad a la formación de Internados para formar maestros católicos, (¡qué importante es ésto!) 9.º, que todo católico o católica ponga sobre su mesa de escribir o de trabajar un Catecismo para repasarlo con frecuencia y para dar al que entre ese ejemplo.

Con estos modos

y con los que a cada cual le dicte su celo ¡cuánto podríamos hacer!

Y ¿por qué digo *podríamos hacer* y no *haremos*?

Eso es: ¡cuánto bien haremos!

Porque yo no puedo creer que nadie que lea estos rengloncillos y sienta pena ante ese odio a Cristo, al Cristo bueno y dulce, y ese afán de echarlo de la Escuela y de la sociedad deje de poner en juego alguno de los medios propuestos para contrarrestar ese odio.

Conque

señores y amigos míos, por amor al Corazón de Jesús, tan injusta y cruelmente perseguido, por las almas de los niños tan bárbaramente amenazados, por nuestro propio instinto de conservación y... hasta por el gusto de dar al demonio las consabidas *tres tazas* del refrán, a *protestar con nuestro trabajo en pro del Catecismo* contra todos los anticcatequistas!

Poned el oído a aquella reunión de hombres sesudos, graves, probos y quizás revestidos de autoridad: ¿qué dicen?—Están censurando y con encarnizamiento.—¡Claro! ¡Hay tanto vicio y tanta gente mala! No, no, AUN no les ha dejado llegar ahí el TRAJE que están cortando a un AMIGO que ha tenido la DESGRACIA de hacer algunas cosillas buenas... que ellos no han hecho...

Ya pueden esperar de aquellos señores perdón, excusa o benevolencia los viciosos, los escandalosos, los vagos... pero ¿el amigo de las cosillas aquéllas? ese ¡que espere sentado!

De Zoología espiritual

I

LAS ALMAS CAMALEONES

Sí, señores,

es un nuevo tipo de almas que yo ofrezco a los *Linneos* de las clasificaciones espirituales.

¡Las almas camaleones!

Ya verán ustedes cómo el tipo está bien encontrado, estudiado y clasificado.

Algo de Zoología

¿Qué es un camaleón?

Etimológicamente *pequeño león o camello león*, que a una y otra cosa se presta la cara de pocos amigos del animalito y la joroba que al dorso lleva.

Según los zoólogos, tiene este reptil la particularidad de vivir de los insectos del aire (lo que ha dado margen al vulgo para decir de él que se mantiene del aire) y la de cambiar de color según la postura que toma, el sitio en que está y los accidentes por que atraviesa.

Yo tomo para tipo de mi clasificación al camaleón con esas dos particularidades, la de *papa-aire*, que le atribuye el vulgo, y la de cambiar de color.

Y digo

que hay muchas almas de hombres y de mujeres, que por tener esas dos particularidades, se parecen al camaleón y merecen llamarse *almas-camaleones*.

Quod est demonstrandum per partes, que dirían en la Escuela.

Y como no es posible estudiar el alma en sí misma, voy a estudiarla en sus manifestaciones, esto es: en sus ideas, en sus amores y en sus obras.

Sólo con la experiencia por guía llevaré el convencimiento a los más incrédulos.

Aquella os enseña: 1.º, que hay no poca gente con

cabeza de camaleón

Ustedes, saben, porque lo enseñan la sana filosofía y el sentido común, que el alimento propio de la cabeza del hombre y de la mujer es la verdad: que Dios nos ha dado dos ojos, dos oídos y todos los sentidos y las facultades cognoscitivas para conocer la verdad en todas las cosas, en el arte, en la historia, en los acontecimientos que se desarrollan ante nuestra vista, en las obras propias y ajenas, en la religión, en el gran problema de nuestros destinos, en todo, y, mediante el cono-

cimiento de la verdad de estas cosas, conocerlo a El, verdad suma y fuente de toda verdad.

Pues bien, hay cabezas que a ese alimento sano y sólido prefieren... aire.

¡Pues qué! ¿no es alimentar la cabeza de aire llenarla del humo de la vanidad del vestir, del parecer, del subir y del poder, o de las vaciedades de la revista ilustrada (con muñecos) o de modas, de conversaciones de sociedad a las que si se estrujaran no se les sacaría un adarme de sentido moral, ni común, ni de ningún sentido?

¡Alimentadas con aire! Así andan muchas, muchas cabezas por esos mundos de Dios, alimentadas del aire de muchas frivolidades, de convencionalismos mentirosos, de proyectos y castillos verdaderamente en el y de aire, de ficciones egoístas y sensuales, de chismes de salón o de casino, que no por salir envueltos en perfumes y buenas formas, dejan de serlo.

Y cuenta que no hablo aquí de los rudos hijos del campo, que por su falta de comunicación y cultura no conocen del vocabulario más allá de 20 o 30 palabras y no aciertan a discurrir más allá de su azadón y su pedazo de tierra, no, hablo de los *elegantes* y las *elegantas*.

¿Para qué—les preguntaría yo—les ha servido hasta ahora su cabeza? Y ¡tendría que ver y oír el desfile de *cosas serias* que nos presentarían!

¡Ay! si se pudieran tantear ciertas cabezas, como se tantean los melones, cuántas *sonarían a hueco!*

Y ¡claro! en cabezas tan ligeras ¿quién va a pedir fijeza? allí todo tiene que ser variable como el viento.

Y decidme: ¿hay mucha diferencia entre el camaleón del caso que se mantiene del aire y cambia de colores y esas cabezas *hueras* que cambian de criterio, de opinión y hasta del *color* del *pelo*, con sólo que la veleta de la moda o del capricho sople por ahí?

Y vamos a la segunda enseñanza de la experiencia, no menos interesante que la primera.

Los corazones de camaleón

Que, por cierto, son un *encanto* en su clase.

Como que en vez de ser el órgano motor de la sangre, la válvula de la vida, el trono del amor, el anillo que une al hombre con todo lo bueno de la tierra y del cielo y todas esas cosas bonitas que fisiólogos y poetas dicen y cantan del corazón, se queda éste reducido a la categoría de *vejiga de aire*, sujeto a todas las vicisitudes de las vejigas y a las leyes del aire.

¡Qué! ¿no es triste ver el corazón humano hecho por Dios para amarle a El y todas las cosas buenas por El, es decir, para alimentarse y saciarse con la misma vida de Dios, no es triste, repito, ver ese corazón *papando* aire, como un infeliz camaleón?

Y ¿no creéis que es alimentarse de aire y por cierto maléfico, tratar de llenarlo de afectos ilusorios, de amorcillos de tres al cuarto, de pasionci-

llas y caprichillos de baja estofa, y de cosas que valen nada o casi nada?

¿No habéis visto

el juego de manos de la chistera?

El prestidigitador saca del fondo de la misma, ante el asombro de los espectadores novatos, profusión de cintas de variados colores, botones, moños, barajitas de mil clases y hasta una jaula con su pájaro.

Pues hacéos cuenta que del corazón de no poca gente, cualquiera que fuera un poco listo, podría sacar todas esas baratijas del juego de manos y un poquito más.

Pero, ¿cosas de sustancia, cosas serias, cosas dignas? no: ¡ni por sombra!

Cuando

yo veo un hombre muy metido en diversiones, devanéos, en refinamientos del lujo y de la mesa o a una mujer muy metida en perifollos y exageraciones de la moda, y en bailes y teatros y en el culto verdaderamente idolátrico de su casa y de sus manos y de sus pies y de su pelo y de todo su cuerpo, y me entero que aquel hombre es padre o marido y esta mujer es madre o esposa o se preparará para serlo, me pregunto asombrado; pero en esos corazones tan llenos de aire, ¿qué hueco queda para los hijos o para la familia?

Una observación

Dicen los médicos que una de las enfermedades típicas de nuestra edad es la del corazón.

Hoy se padece mucho del corazón.

Y digo yo: ¿no será un castigo de la misma naturaleza, por la violencia de quitar al corazón su augusto oficio de asiento del amor puro y santo y darle el de *ventosa*?

¡Allá los fisiólogos y los moralistas!

Obras de camaleón

Y así tienen que ser las que salgan de unas cabezas y unos corazones idem.

¿Saben ustedes qué efecto me hacen las obras de esos camaleones de dos pies?

El de los buñuelos; muy doraditos y olorosos por fuera y por dentro ¡huecos!

Así son las obras de los individuos de esa familia, bonitas, de buen tono por fuera pero por dentro ¡vanas!

Y ved si no: pasarse horas y horas ante el espejo, y otras tantas detrás de la modista para que la arruga tal o el fruncido cual salga así o *asao*, hablar de perros, gatos, muñecos y chismes, llevarse días y días pensando si el tacón debe tener dos milímetros más o menos o si la *traba* o el vuelo de la falda o el calado de la blusa dejará ver o señalar bien lo que la decencia *hasta ahora* ha vedado enseñar, compararse con toda la que pasa o la que

llega a ver si la vanidad propia tiene algo de qué quejarse o por qué sentirse humillada, un ratito de novela sentimental, y por contera de todo esto tener de vez en cuando una caricia, que diríamos oficial, para sus hijos, una riña o una cara destemplada para sus domésticos y todo el que esté a sus órdenes, una queja constante para el tiempo, unos cuantos espasmódicos para calmar los nervios de tanta *agitación* ¡ah! y alguna vez que otra un garabatito elegante, unas cuantas líneas leídas en un devocionario idem, y unos golpecitos monísimos de pecho en la Iglesia, y cate Vd. ahí las obras de una señora, señorita o señorona, o, si las pone en masculino, las dé un señorón.

¿No es verdad que todo eso es puro *buñuelo*?
O más propiamente, *camaleonadas*!?

Consecuencia

que yo saco y que propongo a la consideración de ustedes.

Que a medida que el hombre se aparta de Dios, se acerca al camaleón.

Que todos, más o menos, tenemos horas y días y épocas de *camaleones*.

Y que cuando el apartamiento de Dios es completo, el parecido con el camaleón es exacto, tan exacto que, según un amigo mío, hay gentes que andan en dos pies por un *milagro de equilibrio*...

II

LAS ALMAS CIGARRONES

Un tantico

extraño es el título ¿verdad?

¡Ojalá lo fuera tanto lo significado por el titulejo!

Porque habrán de saber, que en un estudio que he hecho de los modos que las almas tienen de moverse he encontrado grandes y curiosas analogías entre el modo de andar de las almas y de ciertos animales.

La vida, se ha dicho muchas veces, es un camino que empieza en la cuna y termina en el sepulcro; pues paralelamente a ese camino de la vida del cuerpo tiene que recorrer el alma de todo hombre otro camino que, figurando un plano inclinado, de muy acentuada inclinación, tiene en su parte baja una *Estación* que se llama *Infierno* y arriba otra que se llama la *Gloria*.

Y por ese plano inclinado todos andamos, queramos o no, seamos creyentes o incrédulos, chicos o gigantes, con la sola diferencia de que unos van hacia arriba y otros van hacia abajo.

Y es por demás interesante detenerse un rato, a contemplar el panorama tan pintoresco que presenta ese pendiente camino.

¡Con qué trabajito y qué ahogos suben muchos de los que van hacia arriba! ¡Con qué risas y

contentamientos andan los que van hacia abajo! Aquéllos sudando, éstos riendo, aquéllos desgarrándose las vestiduras con las espinas del camino y hasta las propias carnes con los guijarros de la cuesta, éstos orlándose las sienes con coronas de rosas y derramando el espumoso vino de sus orgías al parecer inacabables.

Pero todos, los que suben y los que bajan siempre andan; unos de prisa como liebres, otros despacio como tortugas, unos volando como águilas, otros arrastrándose como anguilas; no se ve ni a uno solo que esté parado y, aunque algunos se esfuerzan por quedarse quietos, sin subir ni bajar, no llegan a conseguirlo.

Contemplando ese panorama, se me ha ocurrido que no sería de poco provecho alentar a los que suben, enseñándoles buenos y seguros modos de subir y prevenir a los que bajan advirtiéndoles los grandes daños que se preparan si llegan a entrar por la Estación del *Barrio bajo*.

Y empiezo por los que

Creen subir y no suben

¿Conocen Vds. los *cigarrones*?

Lo vulgar de su figura me revela de describirlos.

Quiero que sólo os fijéis en lo desatinado e irregular de sus vuelos.

¡Pobres muchachos los que se dedican a la intrincada tarea de coger cigarrones!

Desde el cáliz de una flor en donde posaba dán-

dose aires de imperial ruiseñor salta al charco de cieno de donde a lo mejor no puede salir; lo mismo gira hacia el Norte que hacia el Sur, hacia arriba como hacia abajo; con el mismo afán huye de su perseguidor como se pone bajo sus manos; vuela y salta sin rumbo fijo ni regla cierta.

Los pájaros vuelan hacia su nido, hacia el granito de trigo, hacia el agua, hacia la altura libre de riesgos; vuelan llevados por su certero instinto de conservación.

Los insectos volanderos también vuelan para algo, aunque no sea más que para probar la sangre y la paciencia de los llamados reyes de la creación, los pobres hombres.

Los cigarrones saltan y brincan porque sí; para no tener lugar fijo ninguno, no tienen ni aún nido.

¡Vaya V. a averiguar los pasos o los vuelos de esos caballeritos!

Pues

así precisamente son muchas almas que Vdes. y yo conocemos: son almas que unas veces tienen cantos y contoneos de ruiseñor que lo dejan a uno embelesado, y otras, desde las alturas de la más fina ascética, se zampan en el cieno o en los charcos sucios de las vanidades y locuras y corrupciones del mundo.

Almas que alternan la comunión diaria con el teatro de todos colores y el baile de todas las maneras diarios también, que lo mismo lloran des-

garradas por la pasión y muerte del Señor que por el suicidio del galán de su novela: que el día y la hora que dedican a ser cristianas, se dejan, al parecer, atrás a los santos más encumbrados y en las horas y en los días que dedican al mundo dan quince y raya al más refinado de todos los mundanos.

Almas que con la misma prisa y gana se dan a una amistad, a una devoción, a una práctica como se apartan de ella.

Almas ante cuya variedad, multiplicidad y sucesión vertiginosa de sentimientos, caracteres, aficiones, entusiasmos y vida se habrán Vdes. preguntado como yo me pregunto ¿son ellas las locas o nosotros?

¿Verdad

que al ver esas almas tan *saltonas* se acuerda uno instintivamente de los *cigarrones*?

Y cigarrones son de verdad en la piedad, en el cariño, en los sentimientos, en la amistad, en las relaciones sociales, en los entusiasmos, en todo cuanto hacen, piensan y dicen.

Y ¡abunda tanto el tipo! ¿Quién no ha tenido o tiene que sufrir en su familia, en sus relaciones, en los de abajo a quienes ha de mandar, o entre el montón de personas con quienes hay necesidad de tratar, quién no tiene, repito, entre todos esos algún *cigarrón* que sufrir?

Y apuntando

más de cerca, os diré que entre todas las clases de cigarrones que os he enumerado los más temibles y molestos son los que toman por campo de sus saltos y brincos la piedad.

Preguntádselo a los confesores y directores de almas y, sin nombrar personas, os dirán lo que les hacen sufrir esas almas cigarrones en la piedad.

Almas que piden cien veces plan de vida para no cumplir ninguno, que exigen mortificaciones a lo San Pedro Alcántara y no toleran una mala cara, quizás aparente, del director, que hablan de éxtasis y arrobos y a lo mejor se quedan sin Misa los días festivos, que quieren prender fuego al mundo con su caridad y tratan a puntapiés a sus criados, que no saben dar culto a un santo o practicar una devoción sin despreciar u olvidar todos los demás.

Almas que cambian de confesor y de devociones y de Iglesia y de orientaciones con más facilidad que se cambian de traje. Y lo peor del caso es que en medio de tanto volar llegan a creerse que ¡suben!

¡Ay, cigarrones místicos, cuántas veces ponéis a prueba la cabeza y la paciencia de los pobres padres de almas!

¿La explicación?

No es muy fácil que digamos la explicación de esas irregularidades cigarronescas de las almas. Quizás esos mismos insectos nos la den.

Sin meterme a zoólogo, ni muchísimo menos, yo creo que los cigarrones saltan y vuelan tan desatinadamente, obligados por su misma configuración fisiológica.

El cigarrón es un insecto de *poca cabeza, muchas alas* y *sin cola*.

¿No os parece que de esa abundancia de alas para correr y de esa falta de cabeza para dirigir y ausencia de cola o timón para orientarse tiene que salir un vuelo alocado y sin tino?

Fijáos

en las almas cigarrones; estudiadlas un poco y observaréis en ellas lo mismo que en éstos: *poca cabeza; ausencia total de dirección espiritual y sobra de alas* de imaginación y nervios.

¡Qué tres puntos

para que cada uno de nosotros le eche un ratito de *rumia* espiritual!

Porque no sólo hay muchas almas-cigarrones de *oficio*, sino que somos muchos los que a lo mejor *cigarroneamos...*

III

LAS ALMAS MURCIÉLAGOS

Escena

La misma del articulejo anterior: El camino de la vida en forma de plano muy inclinado con su *Esta-*

ción-Infierno abajo y su *Estación-Cielo* arriba y los desgraciados hijos de Adán y Eva subiendo y bajando, cada cual a su gusto, por ese camino.

Hemos de subir y no *gateando* sino volando, decíamos, pero no como los cigarrones que vuelan sin fin, sin saber a donde van ni de donde vienen y que con el mismo entusiasmo vuelan hacia arriba como hacia abajo.

Hemos de subir volando, repito hoy, pero no vayamos a volar tampoco como otra clase de insectos voladores, cuyos vuelos tienen unos cuantos *peros* muy sospechosos.

Me refiero a

los murciélagos.

¿Quién en su edad de niño no rindió tributo a la afición un tanto cruel de perseguir murciélagos?

¿Quién no se entretuvo en la tan divertida como poco caritativa tarea de levantar la *caza* de estos animalillos, aporreando con largas cañas los empolvados cuadros de la Iglesia, los rincones de las cornisas de la torre, los mechinales de su fachada?

Y después, cuando el desgraciado animal se daba por requerido y, deslumbrado con la luz del día, caía en las manos de sus implacables perseguidores; ¡cuántas perrerías se perpetraban con el inofensivo vencido!

¿Quién no conoce al infeliz murciélago?

Tan tímido que no se atreve a volar más que de noche, de pupila tan blanda que es enemigo irre-

conciliable de la luz del día y tan cortito de pies y endeble de alas que cuando se posa en tierra no puede levantar por sí solo el vuelo.

Y ¡hay tantas

almas murciélagos!

¡Les cuadran tan bien a no pocas esas singularidades!

¡Pues qué! ¿no conocéis a los

católicos a oscuras?

En el rinconcito del coro de la Iglesia, en la penumbra del hogar doméstico, en la intimidad de amigos del mismo pensar y sentir ¡cuántos católicos hay!

Pero en mitad de la calle y del día, cuando hay que contestar a una blasfemia, o hincarse de rodillas porque pasa el Santo Viático, en mitad de la tertulia del café cuando se discute y se niega y se blasfema todo, en medio de las relaciones mercantiles, políticas, artísticas, en las que de ordinario nadie se preocupa del aspecto religioso y moral, en medio de las diversiones, modas y espectáculos públicos, de los que tan mal parados suelen salir la Fe, la Piedad y la Pureza...

¿Verdad que en medio de todo eso hay muy pocos católicos?

¿Verdad, por consiguiente, que merecen llamarse *católicos a oscuras?*

A oscuras, digo, porque no profesan su catolicismo y su piedad cristiana a la luz del día, sino a la sombra, y además, porque parecen dominados por un tenaz miedo a que se les muestre *toda la luz* de la Fe que dicen profesar.

¡Dos miedos; el de la luz del día y el de la luz de la Fe!

Propio es de esos católicos a oscuras asustarse y hasta escandalizarse de que se les hagan ver las últimas consecuencias de la Fe católica y de su conducta tan vacilante.

Tienen miedo, no sólo de ser vistos sino de ver.
¿No los habéis oído hablar? Son

Católicos de pero.

Sí, sí, os dicen a toda reflexión que les hagáis enderezada a darles luz y a meterlos en lógica, sí, católicos, sí, *pero... sin exageraciones, sin extremar la nota, sin sectarismos...* Es decir, católicos sí, *pero a oscuras.*

¡Pobres *almas-murciélagos*, dominadas siempre por el miedo a la luz!

¡Pobres almas, eternas amigas del candil e inseparables compañeras del *apagaluces!* ¿si, por culpa de ellas nos habrán levantado a todos los del oscurantismo?...

¡Pobres almas, voluntariamente condenadas a vivir enredadas entre las telarañas de los rincones y oscurecidas por el hollín de las chimeneas!

Ellas, las que debían bañarse en luz, como hijas que son del Jesucristo *Luz!*

Sí, estudiad, examinad un poco a muchos de los católicos que os escandalizan con sus inconsecuencias, vacilaciones, cobardías y promiscuaciones, y os convenceréis de que padecen del *mal del murciélago, el miedo a la luz*, ¡a tanta luz como irradia de la Cruz de Cristo!

Y tan endebles

como son de pupila esos hermanos lo son de pies y de alas, para que no falte la semejanza con el insecto de marras.

Murciélago en tierra, os decía antes, es murciélago perdido, si no viene en su ayuda una mano generosa que lo levante y le facilite el vuelo; parece que quedan pegado con cola a la tierra.

Exactamente igual ocurre a esas almas que vengo retratando. A fuerza de huir de la luz, se ponen anémicas, descoloridas, desmayadas: a veces, llevadas de buen deseo, no del todo eficaz, y de buena intención, se arrancan a volar desde los mechinales de sus escondites religiosos, y vuelan bien y hasta con gracia; pero como tengan que *aterrizar* para tratar aunque sea de los asuntos de su vida ordinaria, ¡se acabó el vuelo, y allí se quedan pegadas! Son almas que no saben pasar por el fango sin enlodarse o salpicarse, que no saben beber sin zambullir todo el cuerpo en el agua, que no saben encender la mecha en el fuego sin que-

marse la mano. Son almas que *no saben pasar* por la tierra.

¿No las conocéis? Son las almas de voluntad débil, de criterio corto, de carácter irresoluto, para las cuales todo o casi todo es ocasión de pecado o de tentación contra el deber.

El primer amigo que las solivianta, el primer libro que las incita, el primer revés que sufren, el primer placer que le ofrecen, cualquier cosilla que les llame un poco la atención, les sirve como de imán que los atrae, y al cual se adhieren, perdiendo la acción para toda otra cosa.

Y como la mano misericordiosa de Dios no la levante, aquella pobre alma se queda perpetuamente pegada a aquel pedazo de tierra, como el murciélago de mi cuento. Y amigos míos, ¡hay tantos murciélagos espirituales esperando el *empujoncito* misericordioso del Corazón de Jesús!

Dos propósitos

para acabar con esa familia de murciélagos:

1.º Amar nosotros *toda la luz* que brota del Santo Evangelio y de nuestra profesión de católicos e irradiar sobre los demás esta luz con nuestra palabra, nuestra conducta y nuestra propaganda.

2.º Dedicarnos a la útil tarea de *levantar murciélagos caídos*. ¡Hermoso oficio el de *echar a volar* almas!

Y siquiera en esto, volvamos a ser niños perseguidores de murciélagos... pero, ¡sin *perrerías!*

IV

LAS ALMAS LIEBRES

¿No habéis

oído cantar y quizás cantado, meciendo la cuna de un niño:

 Mi niño duerme
 Con los ojitos abiertos
 Como las liebres?

Pues diz que hay más de dos almas y de dos mil, y, si me apretáis, de dos millones, que les ocurre exactamente lo que del niño de la cuna canta la *nana* popular: que duermen con los ojos abiertos.

Ocurrencia que da motivo para creerlas despiertas, cuando en realidad están dormidas o aletargadas.

De esas almas, aún no clasificadas en estos «Granitos de Sal», quiero echar un cuarto a espadas con los pacientes lectores, anticipándoles que hay tela cortada para rato.

El nombre

Las he llamado *almas liebres* por tener de estos ligeros alimalillos la condición que les atribuye la copla de dormir, estando al parecer despiertos, y de tener una imaginación más corredora que las patas del animal corredor por excelencia.

El tipo

Su descripción no es muy fácil que digamos, por las muchas variedades que del mismo se dan.

Para conocerlas bien, puedo adelantaros esta clave: todas las *almas liebres* convienen en carecer del sentido de *hacerse cargo* o de *darse cuenta*; su *habilidad* consiste precisamente o en pasarse o en no llegar; jamás o rarísima vez están en su punto.

Consecuencia de este achaque común: que siempre o casi siempre estas almas

están equivocadas.

Tres manifestaciones tienen principalmente estas equivocaciones:

1.^a, en los recuerdos; 2.^a, en los juicios, y 3.^a, en las esperanzas.

Vamos por partes:

Recuerdos

Este es un caso que sin duda os ha pasado más de una vez.

Habéis sostenido una conversación con un amigo o en una tertulia, y, pasados unos días, os sorprenden con una noticia espeluznante; inquirís el origen y venís a tropezar con uno de los contertulios que os dice en el tono de la naturalidad más simple; pero, hombre, ¿tiene V. valor de sorpren-

derse por esa noticia, si es V. mismo quien me la dió a mí en aquella reunión?

Negáis, disputáis, os preguntáis interiormente por el estado de vuestra razón, de vuestra memoria y, como por otra parte no tenéis motivos anteriores para llamar embustero a aquel amigo, os retiráis diciendo: o este sueña despierto o yo.

Y esa es la verdad: ahí existe un soñador, es decir, un alma de imaginación y de ojos de liebre.

Aparte de eso, ¿cuántas veces os han visto hacer cosas que no habéis hecho, cuántas os cuentan totalmente desfigurado un hecho que habéis presenciado, cuántas de un mismo hecho o dicho presenciado u oído por diez, recibís diez versiones diametralmente opuestas?

Un día de huelga

fuí con un amigo periodista a presenciar un asalto que se decía iban a dar los huelguistas a una cochera de tranvías.

Por el camino me fué hablando el amigo de casos horripilantes que *podían* pasar, si los huelguistas conseguían su intento: llegamos al lugar del presunto asalto y sólo vimos unas cuantas patrullas de guardia civil que más parecían tomar el fresco de la tarde que temer un encuentro con las turbas que no se veían por parte alguna: aburridos de esperar en vano emociones periodísticas, nos volvimos tranquilamente a la redacción.

Por la calle, al regreso, vuelta a hablar de lo que

podría haber pasado, pero con tal color y convencimiento que, al llegar a la redacción, todos aquellos *podía* y *podría* pasar se habían convertido por obra y gracia de la imaginación de liebre de mi amigo en un tremebundo *ha pasado*, que a mí mismo me asustaba.

Y cuenta que yo no me hubiera atrevido a afirmar que el compañero *mentía*; una especie de sugestión lo habría engañado a él, yo creo que de buena fe engañaba a los demás.

Y ¡hay tantos!

Los juicios

Y si en cosas cuya realidad no depende de uno, cabe soñar tanto, ¿qué diré de una tan subjetiva como los juicios?

Si no fuera por las molestias y sinsabores que ese modo de enjuiciar trae a los demás, sería cosa de reír.

¿Qué diríais del que raciocinara así? Fulano está bebiendo, es así que el veneno se bebe, luego Fulano está bebiendo veneno, se está envenenando. ¿Os hace gracia la dialéctica?

Pues una así es la que estilan esas almas liebres.

Una sonrisa que ven en éste, una cara de reflexión en aquél, una palabra suelta que oyen aquí, un gesto cualquiera que observan allí, cualquier cosilla que vean u oigan, o crean ver u oír, les sirven de *fundamento* para ponerse *corriendo* a fabricar sobre él su imaginación de liebre un mun-

do de sospechas maliciosas, de relaciones disparatadas, de odios a muerte o amores ardientes, de normas de conducta del todo desorientadas, de... qué sé yo, porque se hacen imposibles de seguir.

Lo cierto es que en más de una vez se siente un tentado de decir: este hombre está loco o lleva camino de serlo o de contagiar a quien esté con él.

Y lo peor

del caso es que casi no tienen remedio; porque se corre el gran riesgo de que lo mismo que se les propone como remedio, sea tomado por ellos en distinto y aún contrario sentido.

De mí os digo que he gastado mucha saliva en tratar de detener esas carreras de imaginación y en despertar de su sueño a esas almas condenadas a *no hacerse cargo* nunca y casi siempre he perdido la saliva, el tiempo y hasta la amistad de la persona, que, acosada por mis razonamientos, me ha dado esta gran salida: Si V. me dice eso porque no me puede ver, o porque no me entiende, o le han hecho pensar mal de mí, o sencillamente, porque *la ha tomado conmigo...*

Y dicho se está, que, si así enjuician estas almas, el modo de forjar

Sus esperanzas

tiene que ser de lo más peregrino.

¿Recordáis el cuento de «La Lechera?» ¿Recor-

dáis las cosas que iba a poseer a cuenta de su cántara de leche vendida?

Pues, poco más o menos, todas esas almas, reñidas con la realidad, tienen sus proyectos de felicidad a base de la consabida cántara de leche.

El premio gordo de la lotería, la posesión de un cargo, el casamiento con tal persona, el vivir en determinado pueblo, la subida al poder del partido, la lluvia o el calor, cualquier cosa les sirve de cántara lechera para sobre ella levantar el palacio de sus doradas ilusiones.

Y no digo nada si, en vez de tirar hacia los campos del optimismo, les da por echar hacia los del pesimismo.

Todo les da materia para un ¡ay! largo, profundo, exhalado con todas las inflexiones del dolor más hondo.

No importa que cuanto esté a su alrededor les sonría y les invite a fiestas; ellas, haciendo de videntes de grandes catástrofes, no salen de su ¡ay! echado con vista a los males que dentro de veinte años pueden venir...

Ya podéis contarles cosas agradables y éxitos lisonjeros: para ellas no seréis otra cosa que chucuelos inexpertos y engreídos que *no sabéis ver...* ¡Si tuviérais la experiencia de ellos...! ¡oh, la experiencia! ¡han visto tanto...!

Porque es de advertir que uno de los achaques comunes a todos los que forman parte de esta

familia y que hace más difícil su curación, es tenerse por gente que *ve y ha visto mucho*.

Tanto

que yo no me atrevo a proponer otro remedio o preservativo más que éste: Que por muy abiertos que tengamos *todos*, enfermos y sanos, los ojos, *desconfiemos de nuestra vista propia...*

Que bien pudiera ocurrir

Que mi niño duerme
Con los ojitos abiertos
Como las liebres...

V

LAS ALMAS AGUILAS

Ya es hora

de volar bien, paréceme oír a los que han venido leyendo estos articulillos y se han sentido acongojados ante los apuros y ahogos de las almas que quieren subir al cielo volando como los *cigarrones* o como los mamíferos *más* favorecidos por la crueldad de los niños, los *murciélagos*.

Ya lo he dicho antes y lo repito ahora, con vuelos como los de esos dos animalitos no se va a ninguna parte y mucho menos al cielo, el más alto y difícil de todos los puntos de destino.

Para llegar allá

hay que volar como vuelan las águilas.

¿No las habéis visto levantarse majestuosas, describiendo graciosos espirales, sin apresuramiento, sin vuelos quebrados ni vacilantes, siempre hacia arriba y mirando el sol, sin ofuscarse por sus rayos ni acobardarse por su altura?

¡Qué bien se ha ganado el águila su título de real! Verdadera marcha de reina que visita sus dominios del espacio es el vuelo del águila real.

¡Qué!

¿no os parece que ese modo de subir a la altura es el propio para el alma criada y redimida por Dios para subir a la altura de las alturas?

¡Vaya que sí! Como que las alas que ese Dios altísimo y bueno ha puesto en las almas de sus hijos son mucho más potentes y grandes que las alas que dió al águila.

Andan los hombres tan ufanos porque al fin han encontrado alas, siquiera sean todavía muy frágiles y arriesgadas, para hacer volar los cuerpos humanos y compartir con las águilas el dominio del aire; y ¡qué poco ufanos se muestran de la rica y preciosa facultad con que el Padre celestial ha dotado a las almas de los hombres de poder volar por alturas no ya de 100, 200 ó 500 metros, sino de alturas infinitas como son las que separan al Creador de la criatura!

¿Las alas?

¡Qué! ¿Sentís curiosidad por conocer el misterioso motor que nos puede hacer subir tanto?

¿Sentís *nostalgia* de la *altura* y no sabéis elevaros? Pues leed estas palabras del gran maestro de *aviadores espirituales*, el Padre Kempis:

«Con dos alas se levanta el hombre de las cosas terrenas, que son *sencillez* y *pureza*.

La sencillez ha de estar en la intención y la pureza en la afición.»

¿Qué os parece?

Por lo menos, no me negaréis que son baratas y que no hay riesgo en su uso, como diz que acontece con las otras alas de última invención.

Todo se reduce a *saber mirar* y a *saber querer*. Voy a explicarme.

Saber mirar ¡qué cosa tan difícil, aunque a muchos les parezca que es muy fácil!

Mirar lo hace cualquiera que tenga ojos; pero *saber mirar*, es ver en las cosas y en las personas *solo* lo que hay o lo que son.

De ordinario, ¿qué digo? casi siempre miramos en las cosas no lo que son o lo que tienen, sino lo que *en ellas pone* nuestra ilusión, nuestro interés, nuestro amor propio; éste nos hace ver en las cosas solo lo que *a él tendría cuenta* que hubiera.

A una aspirante a elegante y a reina de la moda,

aunque sea de percalina, le hará ver su amor propio en todas las que crea contritas, unas cursilonas de mal gusto, coquetonas, ridículas, aunque sean diosas de elegancia y hermosura.

A un poseído de su ciencia, virtud, ingenio, poder, jamás le dejará ver su amor propio nada de eso en ninguno que de verdad lo tenga, *a menos* que éste se declare *rendido* ante el otro; entonces ¡con qué placer le *dispensa* protección y hasta elogio!

¡Saber mirar! ¡Pero si el género humano en su casi totalidad es un pobre ciego! ¡Si apenas se encuentran dos personas que vean de un modo una misma cosa! lo que demuestra que por lo menos una de las dos está ciega espiritualmente.

¿Por qué esta ceguera?

Porque falta la condición que Dios ha puesto para la visibilidad espiritual de las cosas, la sencillez de intención.

Lo que es la luz en la visibilidad de los cuerpos es la sencillez en la de las almas.

Si Dios ha hecho al hombre a imagen y semejanza suya y si todas las criaturas llevan de algún modo esa imagen, para un alma que *vea bien* no deben ser ni los hombres ni las cosas más que *espejos* que reflejen la imagen de Dios.

Esa es la *sencillez de intención*, ver en las cosas y en las personas lo que tienen de Dios, que es todo lo bueno, lo puro, lo verdadero, lo recto que

tengan y esa es la *pureza de corazón*, la otra ala para volar como águila, querer y apegarse a las personas y a las cosas *solo* en lo que tienen de Dios, en lo que recuerden, reflejen y lleven a Dios. Y ¡es tan difícil *saber querer* eso sólo!

Un *sencillo* de intención ve a Dios en todo lo que le rodea, en lo agradable y en lo desagradable, en lo chico y en lo grande, a Dios que le bendice, que le prueba, que le castiga, que le levanta, que le sostiene, que le aconseja, que le manda, que le prohíbe y que en todo eso le ama sin cansarse... Un *puro* de corazón vive enamorado de cuanto le rodea porque en todo eso siente y ama a su Dios; y ama más a lo que más tiene de Dios.

El *puro de corazón* no se amarra a las cosas por la comodidad, el recreo, el placer, la utilidad que le reporten, sino por lo que en usarlas o abstenerse de ellas hay más agrado para su Dios.

El hombre libre

Ese sí, que es el verdadero hombre libre que sabe donde va y va a donde quiere.

Los que no son sencillos de intención, son ciegos, los que no son puros de cariño están amarrados a las cosas con las ligaduras tan fuertes como íntimas de sus desordenadas aficiones... ¡Ciego y parálítico del alma! ¡Vaya un tipo del hombre libre!

¡Bendita *sencillez* y *pureza* que hacen al alma subir y volar siempre hacia su Dios y la impiden enfangarse en los lodazales humanos!

«El corazón puro penetra el cielo y el infierno»
ha dicho Kempis.

¡Benditas y mil veces benditas las almas águilas
que saben encontrar *subidas* en todas las cosas y
por todas partes hacia su Dios!

— Como éstas, se levantan majestuosas, descri-
biendo graciosos espirales, sin apresuramientos,
sin vuelos quebrados ni vacilantes, siempre hacia
arriba y mirando el sol sin ofuscarse por su altura!

¡Sí, benditas.....!

INDICE

Páginas

Al lector amigo.....	5
DESCUBRIENDO MUNDOS.—I. Un viaje al país de los Limpios	9
II. Un viaje al país de los Sucios.....	18
DE PEDAGOGÍA ESPIRITUAL.—Una lección de Gramá- tica parda.....	26
UNA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL. — Las Esta- ciones.....	32
OTRA LECCIÓN DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL.—Los eclip- ses	40
De Oftalmia espiritual	47
DE FONÉTICA ESPIRITUAL.—I. El tono	56
II. El eco	62
DE MODAS.—I. Apostolado de la media vara.....	68
II. La Mona del Paraiso.....	73
III. El Gusano y la Mariposa	81
Un gran seguro	86
Tres tipos de Apostolado popular.....	93
Apostolado del aceite.....	99
DE ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA.—I. Una cosa que echo de menos.....	106
II. Otra cosa que echo de menos	111
ACCIÓN CATÓLICA.—La Caridad en automóvil....	116
CONTRA LOS HERODES DEL DÍA. — Mi proyecto de protesta	122
DE ZOOLOGÍA ESPIRITUAL.—I. Las almas camaleones.	130
II. Las almas cigarrones	137
III. Las almas murciélagos.....	142
IV. Las almas liebres	148
V. Las almas águilas	154

Biblioteca de EL GRANITO DE ARENA

POR EL

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Manuel González

Obispo de Palencia (antes de Málaga), antiguo Arcipreste de Huelva.

MI COMUNIÓN DE MARÍA.—6.^a edición. 274 páginas.

Libro para enseñar modos y meter ganas de preparar, agradecer y digerir bien la Comunión. - Encuadernado en negro, 2,50 pesetas.

LO QUE PUEDE UN CURA HOY o respuesta a esta

pregunta: ¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco? 7.^a edición, no corregida, aumentada con interesante Conferencia sobre la *Acción social del Párroco*; libro muy recomendado para los propensos a cruzarse de brazos; un tomo de 283 páginas, en octavo. Traducido a seis idiomas. - En rústica, 2,50 pesetas.

AUNQUE TODOS... YO NO. - Razón de ser y orígenes

de la Obra de las Marías, su organización, frutos y privilegios. - Libro de la Lealtad al Señor más deslealmente servido. - 5.^a edición. - En rústica, 1,50 pesetas.

QUE HACE Y QUE DICE EL C. DE JESUS EN EL

SAGRARIO.—Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para las visitas al Santísimo. - 4.^a edición. 260 páginas. - Encuadernado, 2,50 pesetas.

OREMOS EN EL SAGRARIO COMO SE ORABA EN

EL EVANGELIO.—Presenta modos de orar usados en el Evangelio y enseña a imitarlos ante el Sagrario, desvaneciendo todo pretexto para no orar. - 260 páginas. - Encuadernado en negro, 2,50 ptas. - 2.^a edición.

JESÚS CALLADO O LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL

SILENCIO.—2.^a edic. - Cartilla para aprender a callar. Librito de bolsillo. - 150 páginas. - En tela, 2,50 ptas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL

ESCONDIDO.— 4.^a edición. - 356 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas. - 205 páginas. - En tela, 2 pesetas. En rústica, 1,50.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA. Notas del gran mundo de la gente menuda. Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla. - 284 páginas. En rústica, 2,50 pesetas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.— (5.^a edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. - 270 páginas. En rústica, 2,50 pesetas.

NUESTRO BARRO.— 2.^a edición. - Avisos y ejemplos para hacernos santos, a pesar de él. - En cartoné, 2 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. - Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. - 12.^a edición. - 1,50 pesetas en tela y 1.— en rústica.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE S. JUAN.— Tercera edición, en prensa.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. (3.^a edición.) - Sugestivo librito revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística. - 106 páginas. - Encuadernado en tela, 2,50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS.— Recetas para ser apóstol perenne a poca costa. - 1.^a serie, 3.^a edición, 150 páginas. - En rústica, 2 pesetas.

ARTES PARA SER APOSTOL COMO DIOS MANDA. (2.^a serie de «Apostolados Menudos»). - 155 páginas. 2 pesetas.

- ARTE Y LITURGIA.—2.^a edición. - En él se estudia el arte y la liturgia en sus mutuas relaciones y también la Pedagogía de la Misa. - En prensa, 2,50 pesetas.
- PIA UNION DE LAS TRES MARIAS DE LOS SAGRARIOS - CALVARIOS. —(8.^a edición). - Organización y espíritu. - En tela, 1,50. - En rústica, 1 peseta.
- LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN O ARTE DE EDUCAR CON GRACIA. - Encuadernado, 3 pesetas.
- EL ROSARIO SACERDOTAL, o los gozos, dolores y glorias del Sacerdocio en Jesús, en la Madre Sacerdotal y en el Sacerdote. - 244 pág., impreso a dos tintas y varios grabados. - Encuadernado en tela, 3 pesetas.
- GRANITOS DE SAL. Aperitivos para las almas inapetentes. Primera y segunda series, 5.^a y 4.^a edición, respectivamente, 2 pesetas cada serie.
- XXV LECCIONES DE COSAS PASADAS Y POR PASAR. - (Ultimo libro publicado por el señor Obispo de Palencia.—2 pesetas.

Descuento según el número de ejemplares pedidos.

FOLLETOS

«El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas», 0,25. - «¡Todos Catequistas!», 0,10. - «El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote», 4.^a edición, 0,50. «Cartilla del Catequista cabal o Los Catequistas que hacen falta», 0,75 el ejemplar.

Hojitas de propaganda. - No se sirve menos de 100 de cada clase.

A 2 pesetas el 100 y 18 el millar.

Fin de año, (examen de conciencia.) - El Padre nuestro de los cinco minutos. - Alabanzas y desagravios a la

Sma. Virgen. - ¿Qué son las Marías? - Indulgencias por la compañía a Jesús Sacramentado.

Una hora ante el Sagrario. - Carta a mi condiscípulo el señor Cura de... - Carta a una Religiosa y a muchas. - Por el honor y desagravio de la Comunión diaria y frecuente! - Una lección de Geología espiritual. - ¡Marías, hay que hacer locuras! - Ejercicios del cristiano: oraciones de la mañana y noche. - Carta a un Cura novel. - Apostolado del Aceite.

Consuelos del Corazón de Jesús para los que sufren.

Colección de Lecciones de la Tragedia. - 20 clases dif.

HOJAS EUCHARISTIZADORAS

A 1,25 pesetas el 100 y 10 el millar.

Núm. 1, Los Discípulos de San Juan. - 2, Mi Comunión de María, (Ante el Portalico). - 3, Mi C. de María, (Negaciones de Jesús). - 4, Mi C. de María, (Tiberiades). - 5, La Queja. - 6, El Evangelio vivo. - 7, Pan vivo. - 8, El Maná escondido. - 9, La Ascética de la Misa. - 10, Avisos a las señoras. - 11, El abandono de la Liturgia de la Comunión en el vestir. - 12, Apostolado de las enhorabuenas. - 13, Apostolado de la piedad casera. - 14, Apostolado del amén. - 15, Apostolado de las dos varas. - 16, Modo de acompañar al Corazón de Jesús en el Santo Rosario. - 17, Apostolado de la sonrisa. - 18, Apostolado de dorar espaldas. - 19, A las muchachas divertidas. - 20, Quiénes no deben ser Marías. - 21, La vida de la María. - 22, Preces para el fomento de las Vocaciones eclesíásticas.

Mi Sagrario. - ¿Todos son triunfos? - Fragmentos de una conversación del Corazón eucarístico de Jesús.— Oración para ofrecer la visita. - Las golondrinas de los Sagrarios.

Pídanse a EL GRANITO DE ARENA.-Sto. Domingo de Guzmán, 19.-PALENCIA



1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

2101

2102

2103

2104

2105

2106

2107

2108

2109

2110

2111

2112

2113

2114

2115

2116

2117

2118

2119

2120

2121

2122

2123

2124

2125

2126

2127

2128

2129

2130